

FM-4421

MADRID

EDICIÓN ESPAÑOLA



EB
BONECHI

Ayuntamiento de Madrid

Sala Investigación
FM-4421 91 M.
(036)
MAD

MADRID



Ayuntamiento de Madrid

R. 97.856



RESEÑA HISTORICA

Una antigua leyenda relata que la fundación del primer núcleo habitado, sobre las colinas en donde hoy se extiende Madrid, se debe a Ocno, hijo de la hermosa profetisa Manto y del dios Tiberino. Echado por sus hermanastros de la itálica tierra natal, el joven Ocno erró largo tiempo por mares y tierras, hasta arribar a un paraje de encantadoras colinas cubiertas de verdes bosques y abundante agua. A orillas de un río fundó la ciudad que, en honor a la itálica Mantua y a su madre lejana, llamó Mantua Carpetana.

La etimología de su nombre actual, si bien incierta, trae a la memoria la profusión de ríos y arroyuelos de que nos habla la leyenda. Para algunos, Madrid deriva del topónimo celta Magerito, formado por el sustantivo ritu (puente o vado) y el adjetivo mageto (grande); para otros, en cambio, proviene del topónimo cristiano arabizado Matrit que, a su vez, tiene su origen en la antigua forma Matrice (madre de las aguas), islamizada en Mayrit.

Bajo la ocupación romana, el futuro Madrid era un pequeño poblado con no más que un centenar de habitantes que se ocupaban del pastoreo y la agricultura de subsistencia. Pasados los siglos oscuros de la decadencia del imperio romano, y ya en la segunda mitad del siglo IX, al primitivo poblado le sucede un nuevo centro con importantes funciones militares, cuando el emir Mohamed I, hijo de Abderramán II, levanta una fortificación con finalidades defensivas en el mismo sitio que hoy ocupa el Palacio Real. Se alza entonces la primera muralla de la villa; provista de robustas torres: la más antigua, interna, separaba la alcazaba de la medina o ciudad; la externa, con cuatro puertas de acceso, corría entre la aglomeración urbana árabe — que contaba con doce o trece mil habitantes — y los arrabales rurales.

Tras un par de asaltos cristianos, el rey Alfonso VI la rinde y la incorpora definitivamente a la corona de Castilla, en el año 1080. La presencia musulmana no desaparece, sin embargo, con la ocupación cristiana. Parte de la población mora sigue viviendo en el pequeño burgo castellano, fundiéndose lentamente con la cultura cristiana proveniente del norte. La historia medieval de Madrid se asemeja a la de otras aldeas del reino de León y Castilla. No se podía aún presagiar que, sólo unos siglos más tarde, se convertiría en sede permanente de la Corte y, a la vez, uno de los centros urbanos más importantes del Imperio.

Madrid y los madrileños se asoman así, en el siglo XVI, a los grandes eventos que determinan la historia nacional y europea: en el invierno del año 1561, Felipe II establece la Corte en la villa, trasladándola de la veneranda Toledo. Tal vez fue la cercanía al alto contrafuerte de la Sierra de Guadarrama lo que determinó la elección: allí, el místico Felipe haría construir un gran monasterio (El Escorial) en honor de San Lorenzo, protector y guía de las tropas españolas en la victoriosa batalla contra los franceses (San Quintín, 1557). Madrid, pues, se convierte en capital por institución arbitraria, lo que la diferencia de otras ciudades europeas como Londres, París y Viena, que, surgidas a orillas de grandes ejes fluviales, lograron imponerse por peso demográfico, activa vida económica e ilustres tradiciones históricas.

En poco tiempo, la población de la pequeña capital española crece vertiginosamente, terminando el siglo XVI con cincuenta mil habitantes, doblando así a los que tenía en tiempos del emperador Carlos. La corte de los Austrias ya no se aleja de Madrid, salvo por un breve lapso que va de 1601 a 1606, cuando el débil Felipe III, cediendo a las presiones de algunos palaciegos, la lleva a Valladolid. En el siglo XVII se advierten ya los primeros síntomas de decadencia política y económica del Imperio, pero a pesar de ello la villa se estira en dirección

noreste construyéndose, bajo el reinado de Felipe IV (1621-1655), la cuarta y última muralla de la ciudad. Cuando en el mes de noviembre de 1700 muere Carlos II, en quien se agota la dinastía de los Austrias, Madrid ya es un centro político y cultural de suma importancia, con el hermoso recinto de la Plaza Mayor, y majestuosos edificios públicos, como el Ayuntamiento, la residencia real del Buen Retiro, el Alcázar reconstruido por Carlos V.

A principios del siglo XVIII, los Borbones suceden a los Austrias, que habían regido los destinos de España por un siglo y medio. La nueva dinastía introduce importantes reformas administrativas y da, en parte, nuevo impulso a la economía del país. Madrid resurge y conoce entonces un desarrollo urbanístico sin precedentes, con el aporte de célebres arquitectos franceses e italianos. Si bajo el reinado de Felipe V (1701-1746) se emprende la construcción del nuevo Palacio Real sobre las cenizas del Alcázar, destruido por el incendio de 1734, y surgen el Puente de Toledo, las fuentes de la Puerta del Sol, la Real Fábrica de Tapices, y se fundan algunas de las grandes Academias del siglo XVIII, bajo Fernando VI (1746-1759) se llevan a cabo esmeradas planimetrías de la ciudad y se construyen numerosos e importantes edificios civiles y religiosos. Pero sería Carlos III (1759-1788), soberano inteligente e iluminado, quien modernizará su capital, haciéndole perder definitivamente el aspecto de ciudad provincial y descuidada de los siglos anteriores. Se pavimentan e iluminan muchas de sus calles, se amplía la red de cloacas, y se propulsa el aprovisionamiento hídrico. Los mejores arquitectos del tiempo, entre ellos el italiano Francisco Sabatini, el francés Marquet, Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva y otros más, son llamados a embellecer con magníficos mármoles de gusto neoclásico los palacios ya existentes, o a construir otros nuevos. Madrid se europeiza y engalana, si bien el crecimiento demográfico procede lentamente en esta centuria. Al no poseer vida económica floreciente, deja de ser el polo de atracción para las zonas pobres de la Meseta, conservando por largo tiempo — hasta los umbrales del siglo XX — su característica de ciudad parásita, burocrática, gran consumidora de bienes más que productora de ellos.

El siglo XIX, constelado de guerras, luchas fratricidas, revoluciones democráticas y pronunciamientos militares, pone fin al largo período de paz que la dinastía borbónica del siglo precedente había asegurado a la nación española. Madrid y sus habitantes están siempre presentes como protagonistas en los luctuosos eventos del siglo, especialmente durante la ocupación napoleónica. El 2 de mayo de 1808, al divulgarse la noticia de la deposición de Fernando VII, y de su sustitución en el trono por el francés José Bonaparte, el pueblo matritense se subleva orgullosamente contra los mamelucos de la caballería francesa, encendiendo así el primer foco de resistencia al invasor. El episodio, uno de los más fieros de la historia de la ciudad, quedó inmortalizado por el pincel de Goya. Testigo mudo es, asimismo, el obelisco de Fernando VII, en la hoy Plaza de la Lealtad. Bajo el reinado de Fernando (1813-1833) y de su hija Isabel II (1843-1868), nuevos monumentos y palacios, jardines, fuentes, parques públicos y hermosas avenidas adornan la ciudad. A mediados del siglo, el vertiginoso crecimiento de Madrid obliga a abatir las últimas murallas. Sólo quedan dos de sus puertas para recordarlas: la Puerta de Toledo, en el lado sur, construida durante el efímero reinado de José Bonaparte, y la Puerta de Alcalá, que centra la Plaza de la Independencia, levantada en honor de Carlos III. Más allá del trazado de las antiguas murallas, surgen elegantes barrios residenciales, como los de Salamanca y Recoletos, con calles perpendiculares costeadas de verde, que forman unifor-





mes y bien ordenados retículos. Junto al gusto por lo colosal, se afirman tendencias arquitectónicas eclécticas, tendientes a recuperar y fundir elementos estilísticos góticos, clásicos, barrocos. La sensibilidad artística del último Ochocientos deja su sello en el Banco de España, el palacio de Linares, el actual Ministerio de Agricultura, la catedral de la Almudena, la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, y en gran cantidad de edificios civiles y religiosos.

A principios del Novecientos, en la capital atormentada por los atentados dinamiteros de los anarquistas, huelgas y tensiones sociales, circulan tranvías eléctricos, ya las más de sus calles están asfaltadas, y se comienza a construir el tramo inicial del metropolitano. En los umbrales de la Guerra Civil (1936-1939), Madrid cuenta alrededor del millón de habitantes, pero el pujante crecimiento demográfico y la sólida industrialización se logran sólo en pleno franquismo, a partir de los años Cincuenta. Los arrabales obreros que ya existían en torno a la ciudad, crecen entonces desmesuradamente. Madrid vuelve a ser importante polo de atracción, no sólo para las pequeñas aldeas de la Meseta castellana, sino también para las tierras asoleadas e improductivas del sur.

Madrid, con sus cuatro millones de habitantes y una intensa vida comercial, financiera e industrial, es hoy el símbolo de la voluntad de renovación e integración europea que caracteriza a la joven Monarquía constitucional, liberada desde hace escasos lustros del encalladero al que la había reducido el franquismo.

La célebre Puerta del Sol. En primer plano, la evocación heráldica de Madrid: el oso y el madroño.

PUERTA DEL SOL

La Puerta del Sol, plaza en cuyo irregular trazado confluyen algunas de las más famosas calles madrileñas, como las del Arenal, Mayor y de Alcalá, es uno de los puntos neurálgicos de la ciudad. Le dejó su nombre la puerta, hoy desaparecida, que regulaba el acceso a la ciudad por el lado de oriente, en las murallas del siglo XVI que habían sido levantadas más para control aduanero que como bastión defensivo. Con el vertiginoso crecimiento de la ciudad, que siguió al establecimiento en ella de la Corte imperial, fueron derribadas las viejas puertas, y cayó así también la del Sol, dejando su recuerdo sólo en los documentos y en la plaza de su nombre.

La ampliación y transformación de la plaza se llevó a cabo en 1861, según proyecto de Juan Bautista Peyronet. Cayeron los caserones, la superficie cuadrada de la plaza pasó de 5069 metros cuadrados a los actuales



12.320, nuevos y lujosos edificios se construyeron bajo la vigilante supervisión del Ayuntamiento de Madrid, que exigió la uniformidad de estilo en las fachadas. Los trabajos de ampliación preservaron la antigua Real Casa de Correos y Postas, levantada en la parte sur de la plaza (esquina con la Calle de Carretas) y proyectada por el arquitecto francés Marquet, en 1768. El edificio, de gusto neoclásico, tiene un frontón con los emblemas reales y los simbólicos leones castellanos, y está coronado por un campanario con reloj, agregado en 1866. Allí estuvo el Ministerio de la Gobernación por casi noventa años, desde 1847 hasta 1936, y hoy es sede de la Jefatura Superior de Policía. En la acera hay un semicírculo que señala el centro abstracto de la red viaria nacional, el quilómetro cero del que parten los ejes de comunicación que unen la capital con los más remotos puntos del país.

La Puerta del Sol es hoy un frenético centro comercial, un gran emporio al que se asoman elegantes y graciosos escaparates: modernas cafeterías, pastelerías, zapaterías y tiendas de artesanía española, en donde se pueden adquirir estupendas mantillas, mantones y abanicos, librerías, quioscos de periódicos y otras muchas y variadas tiendas.

Vista de la monumental Calle de Alcalá.

La Fuente de la Cibeles, en la plaza del mismo nombre. ►

CALLE DE ALCALA

La Calle de Alcalá es una amplia arteria que, arrancando de la Puerta del Sol, corta luego el centro histórico en dirección a Alcalá de Henares y se prolonga hasta la extrema periferia oriental. La antigua vía campestre, con un trazado extramuros de la villa que corría serpenteando entre olivares y terrenos escarpados, albergó los primeros conventos y villas señoriales en la segunda mitad del siglo XVI, cuando recibió su nombre actual. En el XVII, el trecho que lleva desde la Puerta del Sol a la hoy Plaza de la Cibeles, presentaba ya todas las características de una arteria urbana. Pero fue recién en el siglo sucesivo en que surgirían los edificios civiles y religiosos más significativos, como el Palacio de la Aduana, la barroca iglesia de las Calatravas, la iglesia de San José, en rococó afrancesado. Bajo el reinado de Carlos III (1759-1788), la Calle de Alcalá acogió nuevos edificios de imponente belleza, y otros se reformaron



externamente imitando el gusto clásico, según las tendencias de la época, como la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En el mismo período, se lleva a cabo el embellecimiento de dos plazas, las de la Cibeles y de la Independencia, que se abren interrumpiendo el gran eje urbano de la Calle de Alcalá. Entre el siglo pasado y el actual surgen, a lo largo de esta calle, monumentales edificios que albergan importantes institutos bancarios: el Banco de Bilbao, el Banco Español de Crédito, el Banco de Vizcaya y el Banco Popular Español. Hoy, la Calle de Alcalá ofrece un aspecto multiforme que va del ornato barroco a la grandiosidad de la City bancaria, de la graciosa armonía neoclásica a la imitación del gusto americano que se observa en modernos edificios y tiendas.

PLAZA DE LA CIBELES

Recorriendo la Calle de Alcalá y dejando a nuestras espaldas la Puerta del Sol, nos encontramos en la Plaza de la Cibeles, una de las más amadas por los madrileños. Centrando la misma, la fuente de la Cibeles, reali-

zada en 1781 según planos de José Hermosilla y Ventura Rodríguez, los arquitectos del Paseo del Prado. El grupo marmóreo de la fuente representa a Cibeles, la diosa pagana esposa de Cronos y madre de Zeus, en cuyo honor las antiguas civilizaciones asiáticas celebraban fiestas orgiásticas. La diosa, símbolo de la fertilidad, guía un carro triunfal arrastrado por dos emblemáticos leones castellanos. Su mirada está vuelta hoy hacia la Puerta del Sol, mientras antes lo estaba hacia el sur (Paseo del Prado). La estatua de esta divinidad pagana es tan popular en Madrid que, para indicar algo muy conocido, se dice proverbialmente: «más popular que la Cibeles». Cuatro grandes edificios circundan la plaza: partiendo de la parte suroeste, en la esquina de la Calle de Alcalá con el Paseo del Prado, y caminando en la dirección de las agujas del reloj, nos topamos con el palacio del Banco de España, de líneas neoclásicas, construido en 1884 por Eduardo Adaro y Severiano Sainz de la Lastra; el Palacio de Buenavista, realizado a fines del Setecientos por Juan Pedro Arnal para los duques de Alba; el palacio de los marqueses de Linares y, finalmente, la Dirección General de Correos, un colosal edificio neobarroco proyectado a principios de nuestro siglo por los arquitectos Palacios y Otamendi.



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Felipe V (1700-1746) había acariciado largamente la idea de fundar la Real Academia de Bellas Artes, pero el proyecto se pudo concretar sólo en 1751, cuando Fernando VI ocupaba el trono de España. La actividad académica logró, sin embargo, su máximo fulgor bajo Carlos III, que le dio sede definitiva adquiriendo el palacio churrigueresco de propiedad del financiero Juan Goyeneche. Los trabajos de modernización fueron realizados por el arquitecto Diego de Villanueva. A la fachada del edificio se le dio así un aspecto sobrio y simétrico, quitando la fastuosa y recargada decoración del barroco tardío y dando espacio a líneas neoclásicas más armónicas.

La Real Academia alberga un precioso tesoro pictórico que incluye obras de las escuelas flamenca, italiana y española. Entre las pinturas de mayor valor allí expuestas, figuran célebres lienzos de Francisco de Goya.

Una mención particular merece el famoso cuadro **El entierro de la sardina**, de fecha desconocida, pero asimilable a la fase creativa a la que pertenecen otras obras del maestro expuestas en esta pinacoteca, y ejecutadas a fines del s. XVIII. La pintura representa, con tonos macabros, en una atmósfera de desenfrenada liberación de los instintos, la escena de una típica fiesta popular madrileña un Miércoles de Ceniza, y es el triunfo simbólico de la Cuaresma sobre el agonizante Carnaval. En el cuadro de Goya, una muchedumbre enajenada de jóvenes en cortejo, con los rostros enmascarados y contraídos en muecas satánicas, danza bajo un negro estandarte en el que campea la cara siniestra de la luna llena. En esta pintura se anticipan ya los recursos estilísticos, las deformaciones grotescas y caricaturescas de las 'pinturas negras', conservadas en el Prado.

*Real Academia de Bellas Artes:
fachada principal.*

*Francisco de Goya:
El entierro de la sardina.*





PLAZA CANOVAS DEL CASTILLO Y PASEO DEL PRADO

El Paseo del Prado, construido entre 1775 y 1782, debe su esplendor al gusto artístico de Carlos III, el soberano de quien se dice que encontró una ciudad de fango y arcilla y, treinta años más tarde, la dejó de cándido mármol. El primer tramo, en forma de hipódromo, posee tres hermosas fuentes que recuerdan la Plaza Navona de Roma. La **fuelle de Neptuno** fue esculpida hacia 1780: el dios de los abismos marinos se yergue sobre un carro en forma de enorme concha, tirado por caballos marinos y rodeado por cabezas de delfines. Subiendo por el Paseo en dirección a la Plaza de la Cibeles, observamos la blanca fuente dedicada a Apolo: la elegante estatua de la divinidad, erigida sobre un pedestal, tiene a sus pies esculturas representativas de las cuatro estaciones. La última fuente del Paseo es la de la Cibeles, en la plaza del mismo nombre.

Plaza Cánovas del Castillo, centrada por la fuente de Neptuno.

Paseo del Prado: la fuente de Apolo.





MUSEO DEL PRADO

El Museo del Prado, que conserva un tesoro pictórico compuesto por más de cinco mil cuadros, además de magníficas obras de estatuaría, clásicas y modernas, es una de las más grandes e importantes pinacotecas del mundo.

Construido hacia fines del siglo XVIII para hospedar un museo de ciencias naturales en las cercanías del Jardín Botánico, el Prado es una de las mejores obras de Juan de Villanueva, que había sentido la influencia del arte italiano y la naciente moda arquitectónica de Palladio. Fue inaugurado en noviembre de 1819, para celebrar la llegada a la corte de la futura tercera esposa de Fernando VII, María Josefa Amalia de Sajonia. Se debe a la protección y munificencia de los Austrias Carlos V, su hijo Felipe II y Felipe III, y de los Borbones Felipe V, Carlos III y Carlos IV, si el Prado puede ostentar hoy la variedad y riqueza de sus pinturas.

GOYA

Cuando Francisco de Goya y Lucientes llegó a Madrid, en diciembre de 1763, tenía apenas diecisiete años. En su nativa tierra aragonesa había aprendido los rudimentos del arte pictórico y se aprestaba a entrar, en

la capital, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la más prestigiosa de la época.

En Madrid, el joven Goya conoce, sin embargo, los primeros sinsabores de la frustración. Dos veces intenta entrar en la Academia (1763 y 1766), sin poder superar la prueba. En la primavera de 1771 viaja a Roma, perfeccionando allí su formación pictórica. Regresa a España y, ese mismo año, le encargan en Zaragoza su primer trabajo importante: debe pintar al fresco la bóveda de una de las capillas de la catedral del Pilar. Pero el salto en su destino artístico estaba ligado al ambiente de palacio. En 1774, Mengs le comisiona los cartones destinados a la real fábrica de tapices, actividad a la que Goya se dedicará ininterrumpidamente, con una sola excepción, hasta 1792.

Su estilo pictórico se iba forjando bajo el influjo de Velázquez, Rembrandt y la naturaleza, como el mismo artista solía repetir. Entre los cartones de mayor fama, citaremos *El quitasol*, *Las lavanderas* y *El ciego con la guitarra*. En 1780 se lo designa académico de San Fernando, en 1785 vicedirector del departamento de pintura de la misma academia, al año siguiente obtiene el cargo de Pintor del Rey y, algún tiempo después (1789), bajo Carlos IV, el de Pintor de Cámara. Se convierte así en el retratista de la familia real y de los personajes más potentes de la Corte.

Estamos en el albor de su fase creativa más original,



Francisco de Goya: La Maja desnuda y La maja vestida - Los dos célebres óleos fueron pintados entre 1797 y 1798.

que evoluciona a partir de la grave enfermedad contraída en 1793, fase que le traerá aparejadas mayor fama aún y, por ende, sólido bienestar económico. Pero el curioso morbo le deja una grave consecuencia, una definitiva sordera que acentúa su introversión y pesimismo. Los primeros cuadros que salen de sus pinceles en este período, y la serie de ochenta grabados de los *Caprichos*, realizados entre 1763 y 1796, expresan una visión sombría de la vida y del género humano. A pesar de recibir siempre nuevos halagos y reconocimientos por su habilidad pictórica, Goya vivió con atormentada

sensibilidad otras amargas experiencias: la arrolladora pasión no correspondida por la duquesa de Alba y la muerte de la amada en 1802, la ocupación francesa y la Guerra de Independencia (1808-1813), la muerte de su esposa Josefa en 1812. Los lutos causados por la guerra, los episodios de violencia y crueldad de que fue testigo, el denuesto del pueblo español en su rebelión al invasor, le inspiraron dos celeberrimos cuadros, *El dos de mayo* y *El tres de mayo*, y la serie de aguafuertes *Los desastres de la guerra*. Tonos sombríos y sarcásticos caracterizan también la famosa colección de grabados los *Disparates*, realizados entre 1817 y 1818.

Esta serie de aguafuertes, que por los temas tratados recuerda los *Caprichos*, mientras en su realización





*Francisco de Goya:
La familia de Carlos IV - Oleo sobre tela
realizado en 1800. En él se observa
(en el fondo, a la izquierda)
el autorretrato del pintor.*



*Francisco de Goya: El dos de mayo de
1808 - Con otro lienzo análogo,
conmemora la insurrección
antnapoleónica del pueblo madrileño.*

técnica se acerca a los Desastres, presenta un acentuado gusto por la deformación grotesca y caricaturesca, por la invención ilógica, absurda, que anticipa las más osadas imágenes del surrealismo.

Desilusionado del cruel absolutismo de Fernando VII, en 1819 se compra una casa de campo en las



Francisco de Goya: El Quitasol -
Cartón para tapiz,
realizado para una sobrepuerta
del comedor de El Pardo.

Diego Velázquez: Las Meninas - La célebre
pintura representa a Velázquez retratando a Felipe IV,
la reina (reflejados en el espejo),
la infanta doña Margarita y otros personajes de la corte.

cercanías de la capital, conocida como la Quinta del Sordo, retirándose allí a vivir en soledad. En los muros de la quinta, luego destruida, Goya pinta sus obras más sombrías y enigmáticas, pobladas de brujas, monstruos, convenios nocturnos, criaturas satánicas, inquietantes seres antropomorfos. Son las célebres 'pinturas negras', así llamadas por el singular efecto cromático tanto de las imágenes como del fondo, y por su valor alusivo, angustioso, feral. En 1823, Goya, que nutría férvidas simpatías liberales, cedió la casa de campo a un miembro de su familia, para evitar la persecución y el secuestro de todos sus bienes. Se exilió voluntariamente en Francia y allí transcurrió los últimos años de vida junto a su nueva compañera, Leocadia, saciando el dolor del exilio con la fatiga de la creación. Murió en Burdeos en 1828.

Pintura Española

En las estupendas salas del Prado se puede recorrer la entera parábola creativa de la pintura española, desde los murales reproducidos en tela de los primitivos, al siglo XIX. Entre las obras maestras que ha dado el arte español, destaca la increíble fuerza expresiva de la pintura de El Greco (1541-1614), nacido en Creta, pero





Ayuntamiento de Madrid

El
OB
◀ Di
Es
últ
fo
cia
so
añ
Pr
ma
da
ro
ril

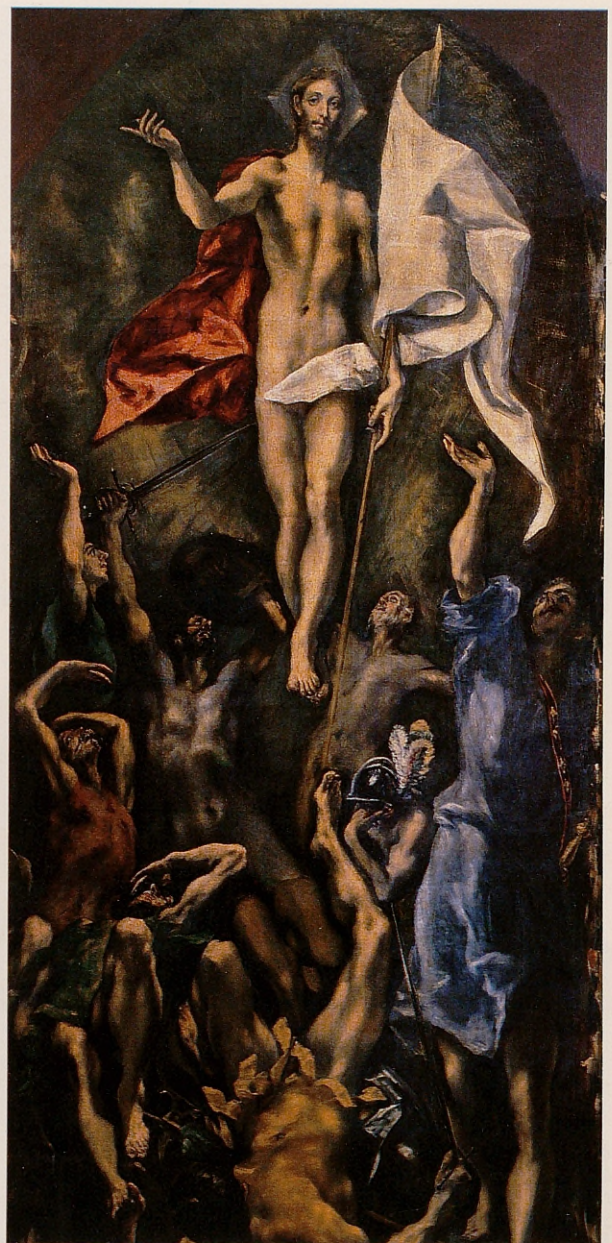


*El Greco: La Adoración de los Pastores -
Obra realizada entre 1603 y 1607.*

◀ *Diego Velázquez: La Infanta doña Margarita -
Este óleo sobre tela es una de las
últimas obras del maestro, muerto en 1660.*

formado en el ámbito de la cultura veneciana e influenciado por el manierismo romano. La fascinación que sobre él ejerció la mística Toledo, en donde vivió largos años, le llevó a crear obras de intensa espiritualidad. Propias de su estilo fuertemente innovador, son las formas alargadas y casi rarefactas de las figuras, la sinuosidad de los contornos, la sensibilidad atormentada de los rostros.

Junto a Zurbarán, Alonso Cano, José de Ribera, Murillo y Valdés Leal, la figura de Diego Velázquez (1599-



*El Greco: La Resurrección -
Pintada hacia 1594, está firmada
en griego, a la derecha.*

1660) es una de las más originales del siglo XVII. En su fase inicial, al menos, Velázquez se inspiró en el realismo de Caravaggio. Frecuentes viajes a Italia, realizados por voluntad de Felipe IV, le ofrecieron la posibilidad de conocer y apreciar el refinado arte veneciano. Entre sus lienzos mundialmente famosos, hay que mencionar *Las Meninas*, *La rendición de Breda* y *Las Hilanderas*. En el Prado se exhibe, además, gran parte de la producción goyesca, comprendidas las pinturas murales de la Quinta del Sordo, reproducidas en tela.



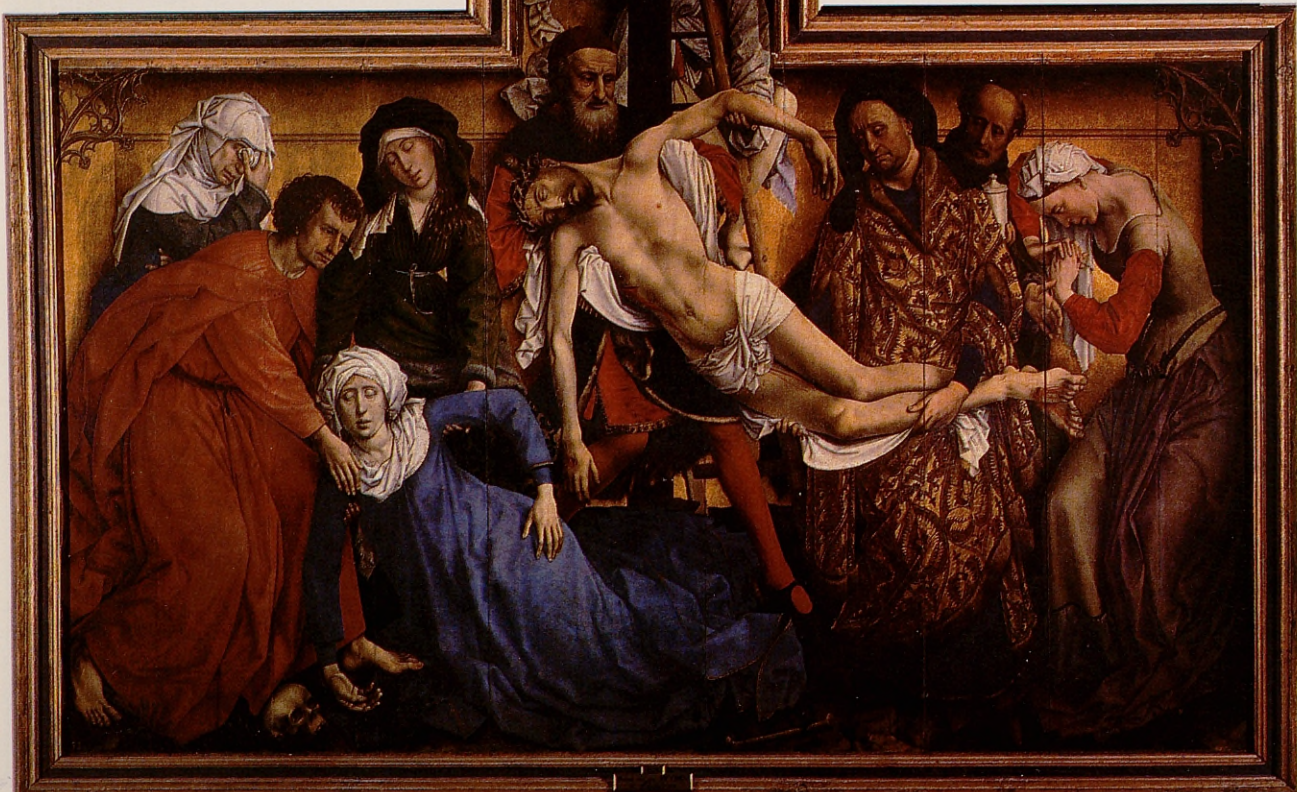
Pintura Flamenca

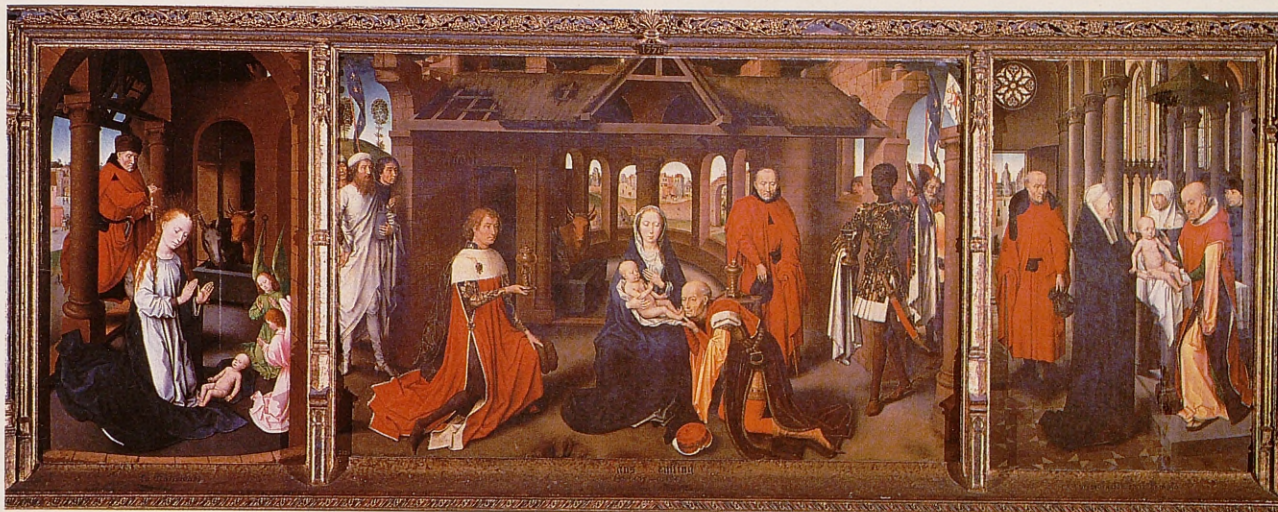
Los estrechos vínculos que unieron por casi un siglo y medio a España con las provincias de los Países Bajos, permitió a la Casa de Austria enriquecerse con telas y tapices flamencos, tejidos en los excelentes talleres artesanales de Bruse-

Pieter Brueghel: El Triunfo de la Muerte - Realizada hacia 1564, la obra está inspirada en los estragos causados por la opresión española en los Países Bajos.

las. Muchos maestros del otro lado de los Alpes llegaron a España atraídos por el oro de príncipes y soberanos. La pintura flamenca fue muy popular en España en los siglos XVI y XVII. Los lienzos de Jan van Eyck, Roger van der Weyden, Hans Memling, fascinaron por su espíritu descriptivo y concreto, el detalle realista ofrecido con aguda penetración psicológica y los sensibles cromatismos. Pero la pintura flamenca no proponía sólo escenas burguesas, de vida agreste o fieles retratos. Hieronymus Bosch (El Bosco), de quien el Prado conserva algunas de sus obras más célebres, como *El carro de heno* y *El jardín de las delicias*, fue maestro de visiones fantásticas, oníricas, de gran valor simbólico. También Pieter

Rogier van der Weyden: El Descendimiento - Esta pintura al temple en tabla, era la parte central de un tríptico cuyos cuerpos exteriores se han perdido.





Brueghel el Viejo, a pesar de la apariencia de fuerte realismo, crea escenas enigmáticas e inquietantes, densas de significados alegóricos. Pero es Pedro Pablo Rubens quien ocupa un puesto de privilegio en el Prado. Este pintor flamenco tuvo una fecunda y estrecha ligazón con los Reyes de España, hasta el punto que transcurrió un largo período, entre 1628 y 1629, en la corte de Felipe IV. Entre sus cuadros más bellos, de grandes efectos cromáticos, deben citarse: *La Piedad*, *Diana cazadora* y *El juicio de Paris*.

Pintura Italiana

Tres reyes hicieron posible que numerosas telas de la escuela italiana se incorporasen al tesoro pictórico español: el emperador Carlos V, su hijo Felipe II, y el culto Felipe IV, quien fue eficientemente asesorado por Velázquez. La exquisita pintura veneciana, muy apreciada en el ambiente intelectual y cortesano español del siglo XVI, está presente con telas del Tintoretto, el Veronés, el Bassano, y Tiziano, autor este último de dos portentosos retratos de Carlos V. El retrato ecuestre, de 1548, representa al soberano victorioso en la batalla de Mühlberg en Sajonia (abril de 1547). También de escuela veneciana, numerosos cuadros de Juan Bautista Tiépolo y su hijo Juan Domingo, notables pintores muy estimados por Carlos III. Junto a los an-

teriores, una pléyade de maestros italianos, desde el espiritual Botticelli, influenciado en su pintura por el pensamiento neoplatónico de Marsilio Ficino y Pico de la Mirandola, a Rafael con sus suaves vírgenes, al crudo realismo de las pinturas barrocas.

Hans Memling: La Adoración de los Magos - Realizado hacia 1470, el tríptico figura, en los cuerpos exteriores, la Natividad y la Purificación.

Tiziano: Retrato ecuestre de Carlos V - Obra realizada en 1548 para conmemorar la victoriosa batalla de Mühlberg.





Casón del Buen Retiro. La fachada occidental, obra de Ricardo Velázquez Bosco (1891).

EL CASON DEL BUEN RETIRO

El Casón, al que hoy rodea el asfalto mientras antes estaba inmerso en el verde lujurioso de los jardines de Felipe IV, fue anexado al palacio del Buen Retiro en 1638, para que la Corte dispusiese de un vasto recinto para sus fiestas y lujosas recepciones. A pesar de la crisis y decadencia de la época, o tal vez por reacción a ellas, imperaba el gusto exagerado por la artificiosidad y la extravagancia, que contribuían a dar la ilusión de un esplendor de tiempos pasados. Ante eventos importantes en la vida de la familia real, bodas, nacimientos o cumpleaños, o bien para acoger dignamente a las testas coronadas, la residencia del Buen Retiro se engalanaba transformándose en fastuoso escenario de fiestas, espectáculos teatrales, juegos y fuegos artificiales. A lo lejos, el pueblo se extasiaba contemplando la función. Pero la ilusión pronto se desvaneció como se desvanecen los sueños. Al agravarse la crisis económica y polí-

tica a fines del siglo, el Real Sitio del Buen Retiro comenzó a declinar. Carlos II, último monarca de la Casa de Austria, decidió salvar el Casón de las injurias del tiempo, decorándolo con frescos del prolífico pintor napolitano Lucas Jordán. Sólo dos edificios del fastuoso conjunto existen hoy: el ala norte del palacio, sede del actual Museo del Ejército, y el Casón. En el siglo pasado, este último se convirtió primero en Laboratorio de Topografía, fue luego caballeriza de Alfonso XII y, por último, sede del Museo de Estampas de Arte. Actualmente está ocupado por el Museo de Arte Español del Siglo XIX, de fundamental importancia para quien se interese en los movimientos pictóricos que van de la escuela romántica al impresionismo. Hay que destacar, en su catálogo, la obra maestra de Pablo Picasso, la famosa **Guernica**, hasta hace algunos años depositada en el Museum of Modern Art de Nueva York.

Ayuntamiento de Madrid

PLAZA Y PALACIO DE LAS CORTES

A poca distancia de la Plaza Cánovas del Castillo, en la Carrera de San Jerónimo, se alza un gran edificio neoclásico, sede de las Cortes Españolas desde mediados del siglo pasado. El palacio, del período isabelino, fue construido entre 1843 y 1850, sobre planos de Narciso Pascual y Colomer. La magnífica fachada que da a la Plaza de las Cortes, presenta un estupendo pórtico con seis columnas rematadas por capiteles corintios. Esculpido en el frontón neoclásico hay un bajorrelieve alegórico: en torno a las figuras femeninas centrales, representación de España y la Constitución, otros personajes simbólicos encarnan las artes, oficios y conceptos como la Paz y la Prosperidad. Flanqueando la escalinata de acceso se encuentran dos leones de bronce, que el escultor Ponciano moldeó fundiendo los cañones capturados al enemigo en la campaña militar marroquí de 1859-1860. Centrando la graciosa Plaza de las Cortes, rodeado por bellas plantas y parterres floridos, se yergue el monumento a Miguel de Cervantes, realizado sobre diseño del escultor Antonio Solá, en las primeras décadas del siglo pasado.

Monumento a Miguel de Cervantes, en la Plaza de las Cortes.

Fachada principal de la Cámara de Diputados, vista desde la Plaza de las Cortes.





MUSEO DEL EJERCITO

La idea de fundar una gran armería que fuese testimonio de las glorias militares españolas, fue de Manuel Godoy, oscuro oficial de la Guardia Real, que llegó, a principios del pasado siglo, al vértice del poder político gracias a los favores de su amante María Luisa de Parma, consorte de Carlos IV. Las colecciones de armas y trofeos se expusieron, en un primer momento, en diversos edificios de la ciudad. Sólo a mediados de la pasada centuria encontraron su sede definitiva en el ala norte del Buen Retiro, único sobreviviente, con el Casón y el parque homónimo, del fastuoso conjunto. En las salas del museo, entre ellas el espléndido **Salón de Reinos**, se exponen trofeos, pendones y aparejos militares de todas clases, desde espadas de guerreros medievales, desenvainadas contra los infieles, hasta llegar a las armas de fuego de la Guerra Civil. Siglos de conflictos y cruentas batallas desfilan ante nuestros ojos como en un maravilloso diorama, dejando en sombras a la muchedumbre de anónimos soldados que forjaron el destino español.

Museo del Ejército: escalera interior.

*Museo del Ejército:
el suntuoso Salón de Reinos.*



Sólo un puñado de caudillos y soberanos desafía el olvido del tiempo, y algunos trofeos nos recuerdan sus hazañas: las espadas de los nobles castellanos Quiñones y Diego de Mendoza, el pendón del conquistador Hernán Cortés, la tienda de campaña y las insignias militares de Carlos V, forman parte de una inagotable colección. De enorme interés son también las maquetas que reproducen fortificaciones, campamentos y maquinarias bélicas.

Otros dos hermosos salones del Museo del Ejército.





JARDIN BOTANICO

La creación de un espléndido y exuberante jardín botánico en los alrededores del Buen Retiro, prueba que el siglo XVIII ya no considera a la naturaleza como mera fuente de placer y distracción. Surge así un espacio vegetativo nuevo — ya no suntuosa ornamentación de mansiones señoriales y palacios — en el que las plantas son objeto de estudio y catalogación sistemática. Diseñado por Juan de Villanueva, el Jardín Botánico del Prado fue inaugurado en 1781, bajo Carlos III. Formaba parte, junto con las escuelas de física, química, medicina y astronomía, creadas en el mismo período, del proyecto de fundación de una gran universidad, aún inexistente en la capital. El incremento vegetativo del huerto botánico fue posible gracias al aporte de las expediciones científicas promovidas y subvencionadas por aquel Rey, a las donaciones realizadas por jardines botánicos de otros países y, especialmente, a una disposición del mismo soberano, que imponía a los gobernadores de las colonias americanas el envío periódico de semillas y ejemplares de plantas indígenas.

Vista parcial del Jardín Botánico.

La Estación de Atocha.



En el interior del jardín, delimitado por una elegante rejería de hierro forjado y sencilla portada neoclásica, obra de Villanueva, surgieron pabellones destinados a la enseñanza universitaria y a la biblioteca de botánica. Hasta hace unos años, existía la tradición de dar gratuitamente, cada mañana, según orden de Carlos III, las más variadas hierbas medicinales, con las cuales el pueblo preparaba tisanas, infusiones y emplastos medicinales.

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA

En la zona noreste de la ciudad, entre el elegante barrio de Recoletos y el Parque del Retiro, se abre la Plaza de la Independencia, del siglo XIX, cuyo nombre recuerda la victoriosa guerra (1808-1813) del pueblo español contra el ejército napoleónico. La plaza surgió en torno a la Puerta de Alcalá, después que la última muralla fue abatida para dar respiro a la expansión urbana. El monumento más importante de la plaza es la mencionada puerta, levantada en honor de Carlos III

entre 1769 y 1778, sobre proyecto del arquitecto italiano Francisco Sabatini. El ex rey de Nápoles se sirvió del ingenio de los mejores arquitectos y escultores de la época para dar a la capital espléndidas realizaciones neoclásicas, a la par que un plan urbanístico más racional y moderno. La puerta se alza sobre las ruinas de un arco del siglo XVII, rico en decoraciones barrocas, levantado bajo Felipe III (1598-1621) en honor de su primera esposa, Margarita de Habsburgo.

Sabatini llegó al proyecto definitivo después de una larga fase preparatoria. La puerta fue concebida inicialmente con cinco elementos verticales, y sólo cuatro arcos, los dos más internos de medio punto y el otro par, uno a cada lado, adintelados. En el diseño definitivo, la monumental puerta se enriqueció con un quinto arco central de medio punto, eliminándose, en cambio, el pesado acroterio que flanqueaba los frontones. La majestuosa fachada externa está ornada con diez columnas jónicas y un frontón curvilíneo, mientras la interna está coronada por un frontón triangular en el que resalta el nombre de Carlos III y el año en que fue acabada. Presenta estupendas esculturas de Roberto Michel: se destacan las cornucopias esculpidas en los elementos verticales externos.

*La majestuosa Puerta de Alcalá,
en el centro de la Plaza de la Independencia.*





PARQUE DEL RETIRO

Ubicado entre las calles de Alcalá, de Alfonso XII y Avenida de Menéndez y Pelayo, es uno de los grandes pulmones verdes de la ciudad. Es lo que resta, junto con el Museo del Ejército y el Casón del Retiro, de un antiguo palacio de los Austrias hecho construir en las cercanías del monasterio de San Jerónimo el Real, entre 1631 y 1632, por el poderoso conde duque de Olivares, don Gaspar de Guzmán, para el joven Felipe IV. En él solían retirarse los reyes para meditar en soledad, en importantes solemnidades religiosas, como la Semana Santa, en los períodos de luto de la Corte, o tan sólo para distraerse de las ocupaciones de gobierno. La residencia fue abandonada a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando Carlos III se estableció en un ala del Palacio Real, aún en construcción. A pesar de su reducida extensión, el parque se salvó de la decadencia y, después de la Revolución de 1868, pasó al Ayuntamiento y al disfrute popular. Gran cantidad de fuentes, espejos de agua, parterres floridos, monumentos dedicados a personajes de la cultura y la política, ornan el parque. Descuellan los monumentos al histólogo Ramón y Cajal, premio Nobel en 1906, al escritor realista Benito Pérez Galdós, ambos del escultor Victorio Macho, al rey Alfonso XII, al músico Chapí y a los hermanos Álvarez Quintero, célebres comediógrafos de nuestro siglo. En las cercanías del espléndido estanque central, surge el palacio de las Exposiciones y el de Cristal, ambos dieciochescos, en donde se llevan a cabo frecuentes exposiciones nacionales de pintura y escultura.



Pa
el

◀ An

◀ El

B
M

lo
es
ej
ni
pl
pa
ex
de
se
tu
de
de
li
bi
rn
po
bi

II y
des
con
nti-
ca-
531
don
ían
an-
en
dis-
cia
glo
ala-
ida
ué
y al
de
per-
Des-
jal,
erez
Al-
rez
En
e el
die-
osi-



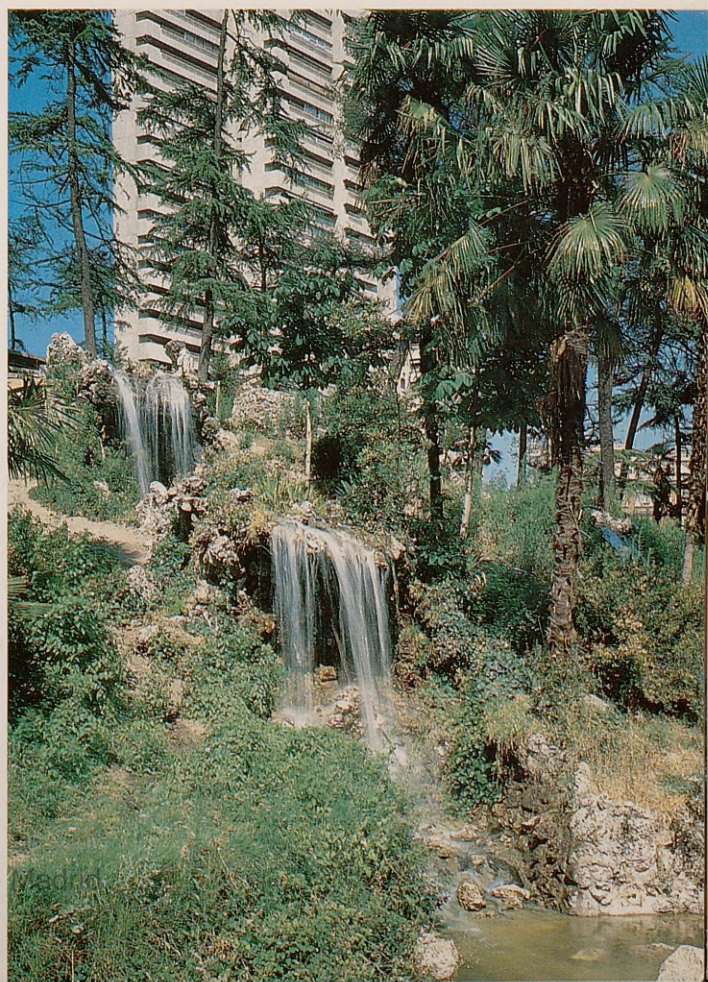
Paseo en bote en el lago del Retiro. Al fondo, el monumento ecuestre a Alfonso XII.

Un simpático rincón del Retiro.

- ◀ *Armonía neoclásica en el Parque del Retiro.*
- ◀ *El elegante Palacio de Cristal del Retiro.*

BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES

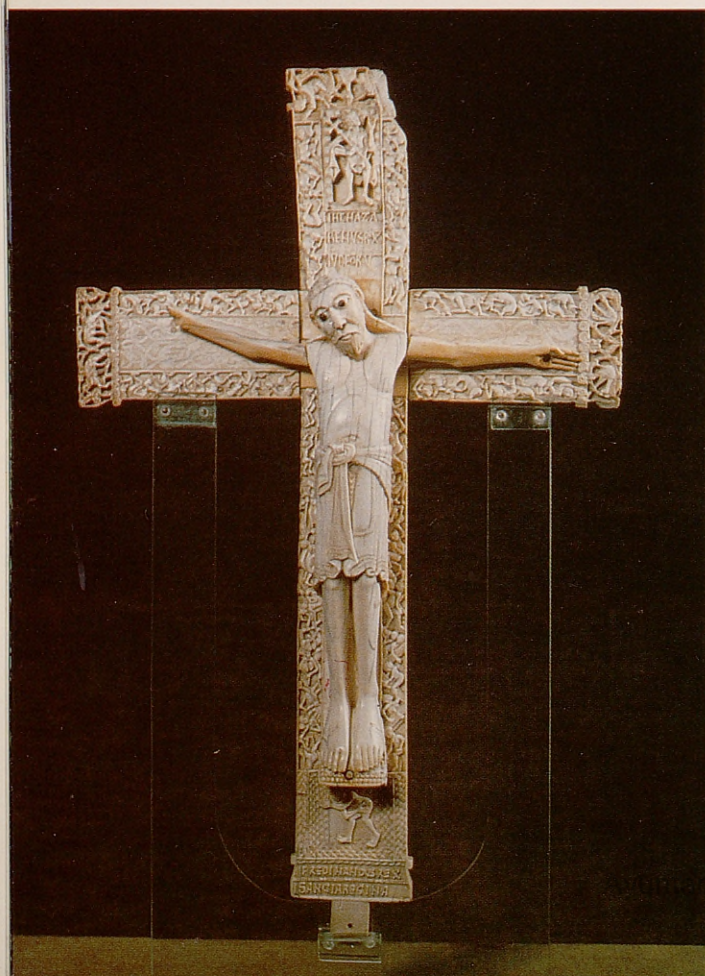
La sede definitiva de la Biblioteca Nacional data de los últimos años de la pasada centuria. En el edificio, de estilo clásico, se conservan unos cuatro millones de ejemplares, además de raros manuscritos y una magnífica colección de incunables. Fue construido sobre planos del arquitecto Ruiz de Salces a fines del siglo pasado, con la doble finalidad de alojar en él una gran exposición, para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, y de dar una adecuada sede a la más prestigiosa biblioteca española. La constitución del primer fondo de libros se remonta a la época de Felipe V, y era el fruto del paternalismo iluminado de la dinastía de origen francés. En marzo de 1712, con libros y manuscritos de propiedad real, se abrió una biblioteca reservada a los ciudadanos varones. La prerrogativa se mantuvo hasta 1838. Una ley, promulgada por el mismo Felipe V, impuso a los editores donar a la biblioteca una copia de cada libro publicado. Gracias a



Ayuntamiento de Madrid

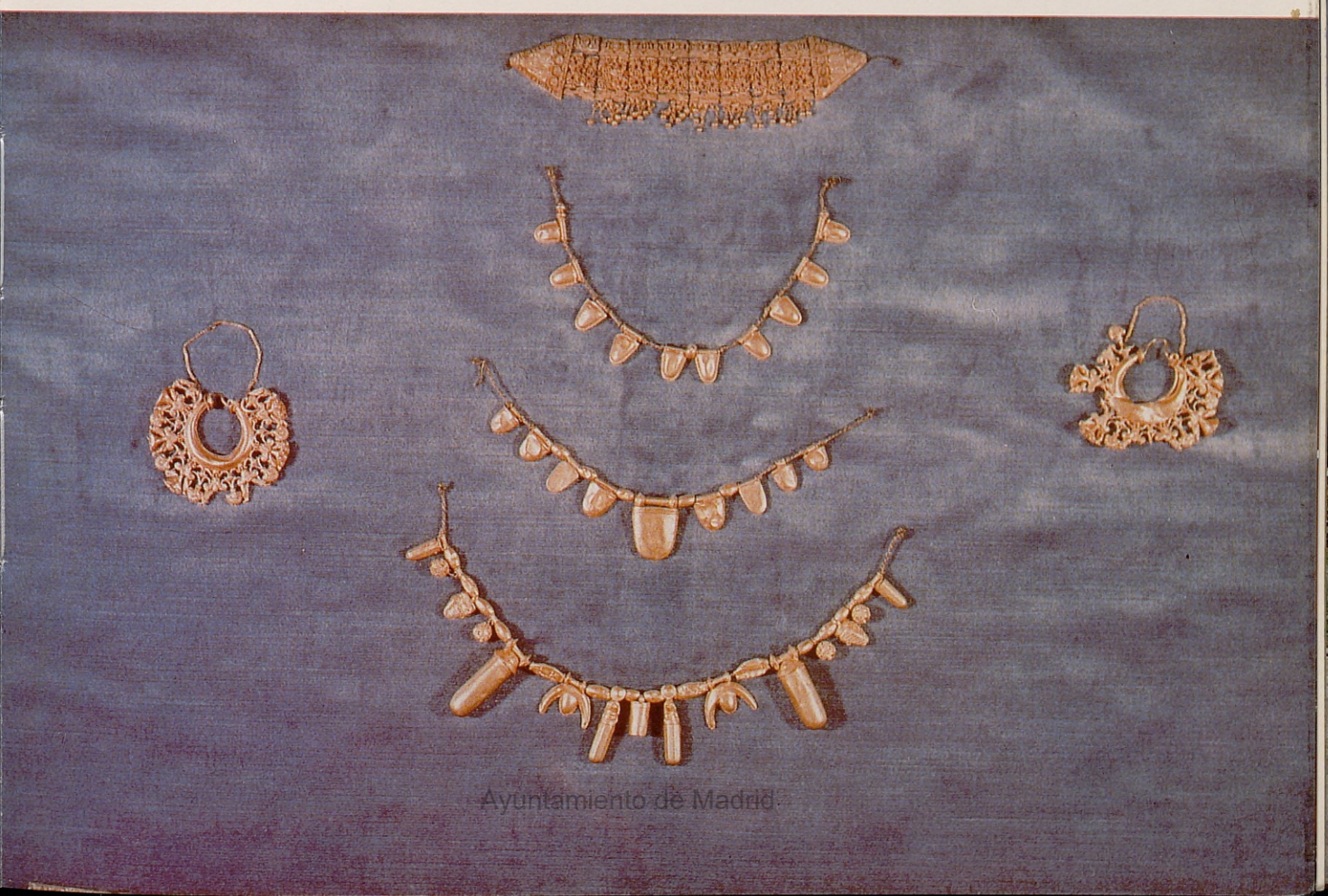


Arriba, la fachada de la Biblioteca Nacional; Museo Arqueológico: Crucifijo de marfil, corona votiva, la Dama de Baza y joyas pertenecientes al Tesoro de Aliseda.



la misma, aún en vigor a pesar de algunas modificaciones, el fondo de la biblioteca se ha ido incrementando gradualmente con todas las novedades editoriales que han visto la luz desde 1700 hasta nuestros días.

El edificio de la Biblioteca Nacional alojaba, hasta hace poco tiempo, importantes museos de arte moderno y contemporáneo, luego trasladados. Tiene aún allí su sede el más grande museo arqueológico español, fundado en 1867 por Isabel II. En los jardines ubicados delante de la entrada principal del Museo, en la Calle de Serrano, fue realizada una fidelísima reproducción de las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira, con bisontes, toros y otros animales prehistóricos. Entre las piezas más célebres de la cultura ibérica figuran la Dama de Elche, estatuilla de una antigua divinidad ibérica del siglo V a.C., la Dama de Baza, del siglo IV a.C., que representa a la diosa de la Muerte y el Renacer, y el Tesoro de Aliseda, con preciosos objetos de influencia egipcia y oriental, que se remontan al siglo VII a.C. De notable interés, además, un Cristo de marfil (siglo XI), procedente de la iglesia de San Isidro de León, y el Tesoro de Guarrazar, antiguo rey visigótico: una magnífica colección de coronas votivas de oro con engarces de piedras preciosas.



Ayuntamiento de Madrid



Entierro de los Caídos

CENTRO CULTURAL DE LA VILLA DE MADRID

Los
de
de

en
Ca
la
ch
Lo
or
ed



Los jardines del Descubrimiento en la moderna Plaza de Colón; las esculturas que recuerdan el descubrimiento de América y el monumento a Cristóbal Colón.

PLAZA DE COLON

En la confluencia de cuatro grandes arterias urbanas, entre las que se cuentan los paseos de Recoletos y de la Castellana, se abre una de las plazas más modernas de la capital, la Plaza de Colón. Perdió su aspecto dieciochesco con las transformaciones de los años Setenta. Los hermosos jardines del Descubrimiento, en la parte oriental de la plaza, sustituyeron a la vieja Ceca, un edificio isabelino demolido pocos años atrás. El monu-

mento a Cristóbal Colón, del 1886, obra del escultor Arturo Mélida, es el más importante de la plaza. La estatua de mármol del célebre navegante se alza sobre un pedestal neogótico, formado por tres elementos que se afinan hacia lo alto, logrando los diecisiete metros de altura. Con el aparcamiento y los locales subterráneos, la vasta superficie de la plaza se redobra. En el subsuelo hay numerosas tiendas y salas de exposiciones.



Iglesia de las Salesas Reales: fachada principal.

Museo de Valencia de Don Juan: exterior y dos vistas del interior.

IGLESIA DE LAS SALESAS REALES (Santa Bárbara)

Angustiada por la idea de la muerte y de una precoz viudez, la reina doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI, hizo construir un monasterio en las cercanías de la hoy Plaza de la Villa y de las Salesas, en el cual buscaría refugio a su soledad. Iniciadas las obras en 1750 por el francés Francisco Carlier, fueron terminadas sólo en 1758 por el español Francisco Moradillo. El templo junto al convento, fundado para las religiosas Salesas, tiene planta de cruz latina con cúpula central y elementos de rococó francés entremezclados con decoraciones barrocas españolas. Abandonando granito y ladrillo, muy en boga en las construcciones de la época, Carlier y Moradillo revistieron el templo con preciados mármoles italianos y españoles, hechos llegar de Génova, Granada y Cuenca. La fachada de la iglesia, no obstante las ocho pilastras que la ornan y las dos torres laterales agregadas por Moradillo, no ofrece una impresión de movimiento hacia lo alto. En efecto, una cornisa muy saliente rompe su ritmo ascendente. Son de gran efecto los *sepulcros de mármol* de sus fundadores, doña Bárbara de Braganza y el Rey Fernando VI, realizados por Francisco Gutiérrez, sobre proyectos de Sabatini.

La reina, que tan ardientemente anhelaba pasar sus últimos años de vida en el convento, encontró allí sólo el eterno descanso de la muerte.

En 1870, el Estado expropió el monasterio a las Salesas, destinándolo a Palacio de Justicia. La iglesia depende en la actualidad de la parroquia de Santa Bárbara.

MUSEO DEL INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN

Las valiosas colecciones artísticas del Museo del Instituto de Valencia de Don Juan se conservan en un edificio de estilo mudéjar que surge en la Calle Fortuny, no muy lejos del majestuoso Paseo de la Castellana. Un bellissimo conjunto de cerámicas, tapices, armas, muebles, monedas y joyas de toda clase y procedencia, fueron reunidos por don Guillermo de Osma y su culta consorte la condesa Valencia de Don Juan. Entre los objetos que se exhiben en las salas del museo, destacan la preciosa colección de azulejos medievales, los magníficos azabaches compostelanos, la esmeralda en forma de dragón que Hernán Cortés ofreció a la Virgen de Guadalupe, un lienzo de El Greco y otras muchas telas de indiscutible valor.

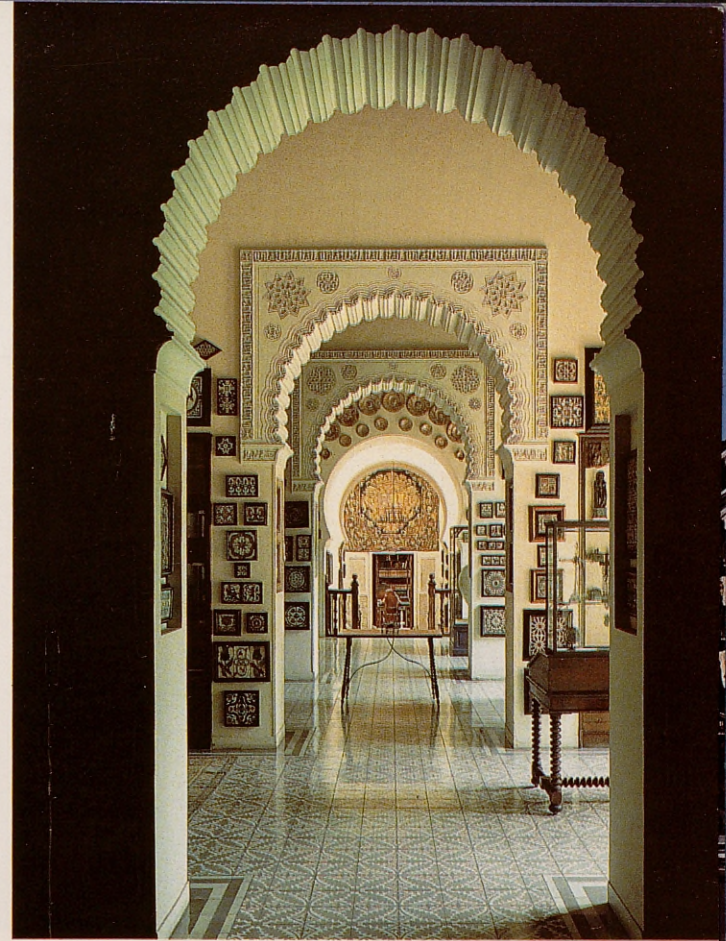


uan: ►
rior.

lti-
el

le-
de-
ár-

sti-
ifi-
no
Un
ue-
ue-
lta
los
an
ag-
ma
de
las





◀ Vist
el m

me
de
la
de
ria
el
de
qu
pu
y
ran
glo
Pla
dev
for
XV
ec
bo
vac
jan
ha

Alcaldía de Madrid



◀ Vista parcial de la Plaza Mayor. Debajo, el monumento ecuestre a Felipe III de Austria.

Hermosa perspectiva aérea de la Plaza Mayor.

PLAZA MAYOR

La idea de construir una plaza entre la vieja cerca medieval de Madrid, en correspondencia con la Puerta de Guadalajara, y las murallas renacentistas, data ya de la época de Felipe II (1556-1598), y era del gran Juan de Herrera, el mayor artífice del monasterio de El Escorial. Iniciadas las obras en 1590, fueron concluidas por el arquitecto Juan Gómez de Mora en los últimos años de vida de Felipe III (1617-1620), que le dio el nombre que aún hoy lleva. La magnífica plaza cuenta con nueve puertas de acceso rematadas por arcos de medio punto, y más de cuatrocientos balcones con maravillosas barandillas de hierro forjado. Varias restauraciones y arreglos modificaron no poco el primitivo aspecto de la Plaza Mayor: la reconstrucción de las partes sur y norte, devastadas por dos incendios, en 1631 y 1672; la reforma neoclásica de Juan de Villanueva, a fines del siglo XVIII; la instalación, centrando la plaza, de la *estatua ecuestre de Felipe III*. Este monumento, obra de Giambologna según modelo del toscano Pedro Tacca, fue llevado de Florencia a Madrid en 1616. Se lo ubicó en los jardines de la Real Casa de Campo, y allí permaneció hasta 1848, fecha en que Isabel II decidió trasladarlo a

la Plaza Mayor. En la parte sur de la plaza, entre dos torres coronadas por altas agujas, se levanta el edificio más imponente del conjunto, obra de Sillero en colaboración con Gómez de Mora. La planta baja estaba dedicada a la Real Casa de la Panadería, mientras la planta principal, con espléndidos salones, estaba dedicada a los Reyes, que, desde los balcones que daban a la plaza, presenciaban los solemnes Autos de Fe de la Inquisición, la beatificación de santos, como la de San Isidro, patrono de Madrid, que tuvo lugar en 1622, espectáculos teatrales, corridas, y otras imponentes ceremonias civiles y religiosas.

La plaza, hoy isla de peatones, es un ameno sitio en donde se encuentran turistas y madrileños que, sentados en los numerosos cafés ubicados bajo sus porches, o recorriendo las bonitas tiendas, disfrutan de la belleza y tranquilidad de este rincón del viejo Madrid. Cada domingo por la mañana, además, es el lugar de cita habitual de los apasionados de la filatelia, ya que en los estandes de la Bolsa filatélica, bajo los porches de la parte sur, encontrarán siempre algún sello raro o una nueva pieza para sus colecciones.



Fachada principal del Ministerio de Asuntos Exteriores, con el bellissimo portal italianizante.

Catedral de San Isidro: exterior. ►

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES

El edificio que, desde 1931, es sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, ubicado en la Plaza de la Provincia, fue en tiempos lejanos muy temido y odiado por todo aquél que tuviese alguna cuenta pendiente con la justicia. Creado como Cárcel de la Corte bajo Felipe IV, entre 1629 y 1662, fue terminado por el arquitecto José de Villarreal. El proyecto inicial era de Juan Gómez de Mora, pero su realización se debe, casi por completo, a Cristóbal de Aguilera, aun cuando erróneamente se sigue atribuyendo al italiano Juan Bautista Crescenzi. La prisión fue reconstruida por Juan de Villanueva, bajo el reinado de Carlos III, después de un devastador incendio en 1791. A mediados del siglo XIX, el palacio dejó de ser edificio penitenciario para convertirse, por algunos años, en sede de las Cortes.

A pesar de ser una construcción del siglo XVII, las líneas arquitectónicas son austeras y de riguroso estilo clásico. La fachada principal, que da a la Plaza de la Provincia, posee dos bellas torres en forma de cúspide, característica común con otros numerosos edificios madrileños, y un elegante portal italianizante coronado por

un frontón con el emblema real. Las columnas que lo flanquean, de estilo toscano, se repiten en los dos grandes y simétricos patios internos, en torno a los cuales se extiende la planta rectangular del edificio. Ejemplo de rara armonía y simplicidad decorativa ofrecen las columnas de los patios, unidas por arcos de medio punto y hermoseadas con frisos dóricos y clásicas máscaras de piedra.

IGLESIA DE SAN ANDRÉS

En uno de los barrios más antiguos y típicos del Madrid medieval, al suroeste de la Plaza Mayor, se encuentran reunidas en un único complejo arquitectónico, la iglesia de San Andrés y las dos grandiosas capillas del Obispo y de San Isidro. El antiguo templo, erigido en el Medioevo en el mismo sitio donde, según una leyenda, se hallaban los despojos de San Isidro, patrono de la ciudad, no soportó los avatares del tiempo. A mediados del siglo XVII, por deseo de Felipe IV, se reconstruyó la iglesia en ruinas embelleciéndola con una hermosa capilla dedicada al Santo Patrono, en la que reposarían las venerables reliquias. Realizada por Pedro de la Torre y



José de Villarreal, quienes le dieron planta octogonal, bóveda cimbrada y cúpula de pizarra, la capilla fue ornamentada con estucos y fastuosas decoraciones barrocas, dañadas durante el trienio de la Guerra Civil y sólo en parte restauradas. Los restos de San Isidro se trasladaron, en 1769, por orden de Carlos III, a la Catedral del mismo nombre.

CATEDRAL DE SAN ISIDRO

En la actual Calle de Toledo, a poca distancia de la iglesia de San Andrés, se construyó, entre 1622 y 1660 aproximadamente, la catedral de la Compañía de Jesús, la orden religiosa fundada por Ignacio de Loyola. No obstante las modificaciones aportadas en distintos períodos, y los daños sufridos en la Guerra Civil, el templo jesuitico mantuvo casi todas sus características originales. Obra de Francisco Bautista y Pedro Sánchez, el templo presenta nave única, planta de cruz latina y decoraciones barrocas en el interior. En 1767, bajo Carlos III, los jesuitas fueron expulsados del territorio español acusados de sublevar al pueblo contra los ministros reformadores llamados por el Rey. La catedral, remodelada por Ventura Rodríguez, albergó entonces los restos de San Isidro, Santo Patrón de Madrid y protector de los trabajos rurales. El templo, en el que se venera el *sepulcro del santo*, recobró su antiguo esplendor en los últimos lustros.



Iglesia de San Andrés. Exterior de la capilla de San Isidro e interior barroco.

terior. ▶

ue lo
gran-
les se
lo de
s co-
unto
as de

Ma-
cuen-
o, la
s del
en el
la, se
ci-
os del
yó la
capi-
n las
rre y





EL RASTRO

Dejando por un momento la magnificencia de iglesias y museos, nos adentramos en la chispeante animación del castizo Rastro, célebre y simpático mercado de objetos usados. Se lleva a cabo no muy lejos de la Plaza Mayor, bajando hacia el Manzanares, en una maraña de callejas estrechas entre la Plaza de Cascorro, donde inicia, y la Calle del Mesón de Paredes. La plaza debe su nombre a la aldea cubana en donde un heroico soldado español, Eloy Gonzalo, murió luchando por la patria en la guerra contra los Estados Unidos (1895-1898). En el Rastro se encuentra toda clase de objetos antiguos y de segunda mano: utensilios de cocina, vajilla, camas, muebles de época, viejos gramófonos, relojes, cuadros y aun uniformes militares fuera de uso y trajes de torero. Los domingos por la mañana, las calles del tradicional mercado se animan con un insólito y abigarrado gentío. Son clientes en busca de buenos negocios, coleccionistas de antiguallas y objetos raros, simples curiosos. La pasión mediterránea por las sensaciones táctiles y visivas, se satisface aquí plenamente.

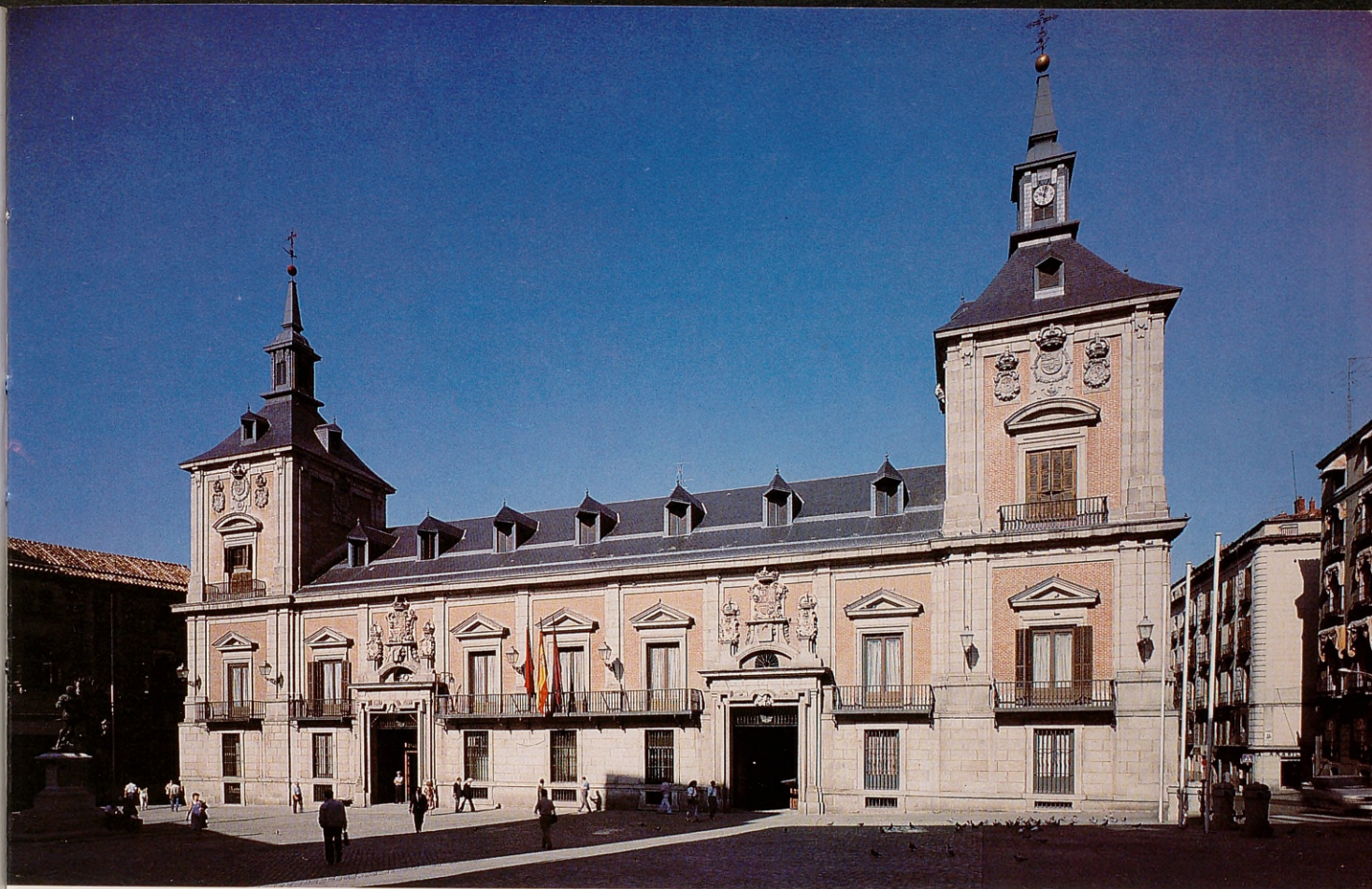
Alegre animación en las calles del Rastro.

La Puerta de Toledo.



Ayuntamiento de Madrid

esias
ción
bje-
laza
a de
ini-
e su
lado
a en
En el
y de
mue-
aun
Los
mer-
Son
as de
isión
s, se



La fachada del Ayuntamiento, desde la Plaza de la Villa.

PUERTA DE TOLEDO

Proyectada por el arquitecto don Antonio López Aguado para José Bonaparte, que deseaba erigir un arco de triunfo en honor de su ilustre hermano. Un gran arco central de medio punto con columnas jónicas y dos puertas adinteladas con pilastras, también jónicas, soportan una ancha cornisa. El grupo escultórico alegórico representa a España, protectora de las Artes, y es obra de José Ginés. La puerta, con la que se conmemoró la independencia nacional, se terminó bajo el reinado de Fernando VII.

AYUNTAMIENTO

El proyecto inicial del Ayuntamiento se remonta al 1644 y se debe al arquitecto Juan Gómez de Mora. A su muerte, cuatro años más tarde, prosiguió la obra su discípulo José de Villarreal, que diseñó una nueva planta poligonal en torno a un gran patio central. La fachada principal, que da a la actual Plaza de la Villa, refleja el típico estilo madrileño de los siglos XVI-XVII:

ladrillo rojo y granito de la Sierra de Guadarrama, elegantes torres en los ángulos, austeridad decorativa. De José de Villarreal son también los frontones triangulares de gusto clásico, los balcones del primer piso, ornados con sobrios pilares, los dos portales que interrumpen las líneas horizontales de la fachada. A fines del siglo XVII, nuevas decoraciones embellecieron torres y portales. En 1771, Juan de Villanueva construyó el gran balcón con balaustrada que se asoma a la Calle Mayor, desde el cual los Reyes asistían a la procesión de Corpus. En el interior se conservan los frescos de Palomino en la Sala del Concejo. Entre otras muchas obras de arte, destaca *La alegoría de la ciudad de Madrid*, un lienzo de Goya, realizado por el maestro hacia 1810 por encargo de las autoridades municipales. La figura femenina representa en alegoría a la villa; a su derecha, la evocación heráldica de Madrid, el oso y el madroño. Dentro del medallón, contorneado por ángeles, estuvieron representados distintos motivos según mudaban las circunstancias políticas: el retrato de José Bonaparte, la leyenda «Constitución» y, por último, la fecha símbolo de la insurrección española contra la invasión napoleónica, el 2 de mayo de 1808.



Vista aérea del Palacio Real. En primer término, los jardines de Sabatini y la fachada norte.

PALACIO REAL

Si el incendio de 1734 no hubiese arrasado con el Alcázar, lo mismo Madrid tendría un nuevo palacio real. En efecto, Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia y primer Borbón en el trono español, no amaba el antiguo palacio donde habían residido por más de un siglo y medio los soberanos de la antigua dinastía. Aconsejado por su segunda esposa, la princesa de Parma Isabel Farnese, Felipe hizo levantar el nuevo palacio real en el solar del incendiado y desaparecido Alcázar. El arquitecto italiano Felipe Juvara, que se había distinguido en la corte saboyana por su sensibilidad y capacidad creativa, proyectó en 1735 el grandioso edificio. Pero la muerte del artista y el excesivo coste del proyecto, impidieron su realización. En 1736, otro arquitecto italiano, Juan Bautista Sacchetti, presentó un nuevo proyecto que rebajaba considerablemente la grandiosidad del anterior conservando, sin embargo, toda su imponencia, con fachadas que superaban los ciento treinta metros de largo. Se necesitaron varios lustros de obras para construir el palacio, y Felipe V murió sin ver terminada la suntuosa residencia. Fue Carlos III el primer soberano que lo habitó, ocupando en 1764 el ala sur del mismo, que ya había sido terminada. Numerosos artistas colaboraron, a lo largo de los años, para lograr el esplendor arquitec-

tónico y decorativo del palacio, una de las residencias más suntuosas de Europa: desde los italianos Domingo y Juan Bautista Tiépolo, Francisco Sabatini y Corrado Giaquinto, al flamenco Mengs, a los españoles Ventura Rodríguez y Francisco Bayéu. En el siglo pasado se terminó la decoración de los jardines que rodean el Palacio, creando amplios espacios verdes hermosados con estatuas. La bellísima Plaza de Oriente forma parte de este marco encantador. El palacio borbónico, abierto al público hacia 1950, dejó de ser morada de la familia real. Los soberanos españoles residen ahora en el Palacio de la Zarzuela, del siglo XVII.

El arquitecto Juan Bautista Sacchetti, autor del segundo y definitivo proyecto, simplificó considerablemente el plano original de Juvara, trazando una planta rectangular con un único, colosal patio central. Las fachadas, construidas con granito de la Sierra de Guadarrama y caliza blanca de Colmenar, están adornadas con majestuosas columnas jónicas y pilastras dóricas que, no obstante la saliente cornisa, incrementan la sensación de movimiento vertical de las líneas. Las cuatro magníficas fachadas, en que se funden el barroco tardío y el neoclásico, ostentan bellos motivos decorativos: amplios balcones coronados por frontones ya triangulares ya curvilí-



Palacio Real. Perspectiva desde la Calle de Bailén, y detalle de la fachada oriental.

neos, un elegante ático balaustrado en lo alto del edificio, y numerosas esculturas de soberanos españoles. La fachada principal, orientada hacia el sur, se asoma a la Plaza de la Armería. Muestra en lo alto un enorme reloj, de gran valor; flanqueado por alegorías solares y, por encima de él, el emblema real. La *representación simbólica de España triunfante*, obra del Padre Martín Sarmiento, centra la misma.

Frente a la fachada norte del palacio se abren los hermosos *jardines* de Sabatini, el arquitecto italiano llamado a corte por Carlos III. El elegante juego de parteres y viales arbolados proporcionan al Palacio Real la luz y el espacio necesarios para valorizar la grandiosidad de sus líneas arquitectónicas, a la par que revelan el gusto por las líneas simples y racionales.

Interior. En el interior del palacio, las rigurosas líneas neoclásicas ceden el paso al fasto de las decoraciones, mobiliario y frescos. Sólo el patio central, con arcos y pilastras dóricas y jónicas, retoma la sobriedad del exterior.

El monumental atrio de la entrada sur da acceso a la *escalinata* realizada por Sabatini en 1775, inspirándose en la del borbónico palacio real de Caserta. En la bó-





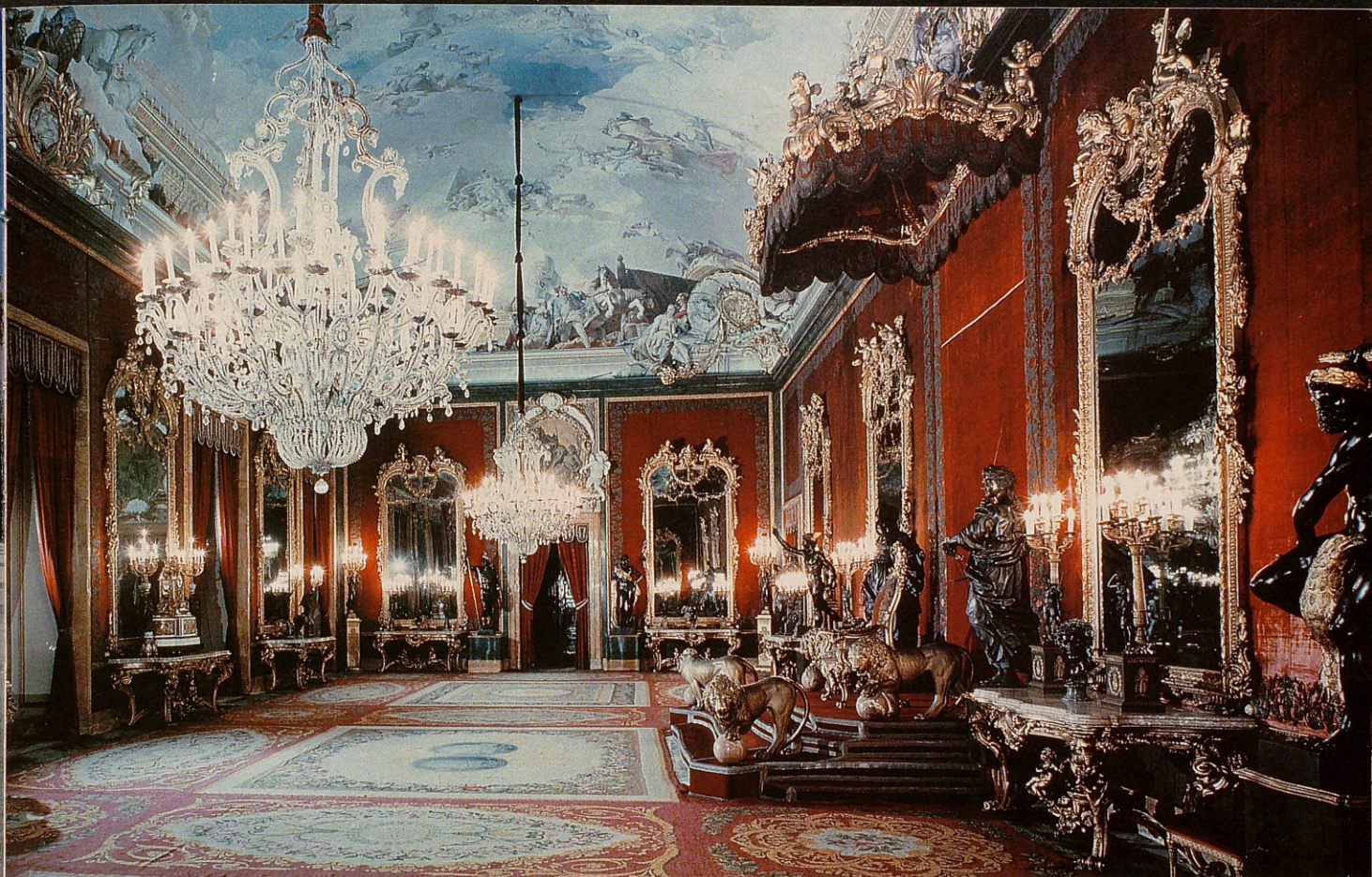
Pa
pr

◀ Pa
la

ve
lia
de
m
ta

de
de
sa
de
tu
de
fr
m
ta
Ju
ot

se
m
so
en
flo
él



Palacio Real: el Salón del Trono y la escalera principal, obra de Sabatini.

◀ *Palacio Real. La fachada sur vista desde la Plaza de la Armería, y los jardines de Sabatini.*

veda y los medallones que decoran las paredes, el italiano Giaquinto, invitado a corte por Fernando VI y designado pintor de cámara en 1753, pintó frescos con motivos mitológicos y religiosos, entre los que se destaca la alegoría de la iglesia triunfante.

Siempre en el lado sur, se encuentra el lujoso **Salón del Trono**, tapizado con terciopelo rojo y plateado. Predomina en él el estilo rococó. La decoración de este salón es de un lujo sin par: preciosas ménsulas de madera tallada con grandes espejos, obra probable de Ventura Rodríguez, estatuas, bustos de bronce, valiosos candelabros y dorados leones castellanos. En la bóveda, frescos de Juan Bautista Tiépolo, realizados en 1764, muestran figuras alegóricas que encarnan las virtudes tanto laicas como cristianas del soberano ideal: Caridad, Justicia, Templanza, Magnanimidad, Fuerza, Fe, y otras.

El **Salón de Gasparini**, prodigio de finura decorativa, se encuentra en el ala suroeste. A partir de 1764, formaba parte de los aposentos de Carlos III, cuando el soberano decidió trasladar su residencia al palacio aún en construcción. Decorado con variopintos motivos florales y exóticos, característicos del gusto rococó, en él tenía lugar, cada mañana, la ceremonia en que el Rey





Pa
en

◀ Pa
del

se

XI
trin
Cr
jan
tie
Ba

ric
se
gu
ala
Sa
en
po
lón
da
Ba
mo
bó



Palacio Real: el Salón de Gasparini, en exuberante estilo rococó, y la Biblioteca.

◀ Palacio Real: el fastuoso Comedor de Gala de Alfonso XII; debajo, el Salón de los Espejos.

se ataviaba en presencia de la corte, a usanza francesa.

A poniente da el gran **Comedor de gala** de Alfonso XII de Borbón, inaugurado en 1879 para festejar el matrimonio del soberano con su segunda esposa, María Cristina de Habsburgo-Lorena. Decorado con tapices y jarrones de fina porcelana china y de Sèvres, el salón tiene frescos de Mengs, Antonio Vázquez y Francisco Bayeu.

Siguiendo las **Galerías** que contornean el patio interior, ornadas de tapices, pinturas y elegantes vidrieras, se llega a la **Capilla** de Palacio, obra de Ventura Rodríguez, decorada con frescos de Corrado Giaquinto. En el ala que se asoma a la Plaza de Oriente se encuentra el **Salón de los Espejos**, con motivos mitológicos pintados en la bóveda por Francisco Bayeu. Hay que mencionar, por último, entre los numerosos salones palatinos, el **Salón de los Grandes**, destinado a la recepción de destacadas personalidades del mundo político y diplomático. Bajo el reinado de Carlos III, este Salón servía para los momentos de distracción de la Corte. Muestra, desde la bóveda, los frescos de Domingo Tiépolo.





Ayuntamiento de Madrid

Pla
pla

◀ Pa

P

mo
bo
ag
la
la
Bo
ma
VI
ca
br
es
dr
ye
qu
otr
die
rac
ma
ast



Plaza de Oriente. El Teatro Real y, en primer plano, la estatua de Felipe IV.

Monumento ecuestre dedicado a Felipe IV de Austria.

◀ *Palacio Real. Una sugestiva imagen de la fachada occidental.*

PLAZA DE ORIENTE

Sin la Plaza de Oriente, cuya construcción se remonta a la primera mitad del siglo pasado, el palacio borbónico habría sido parcialmente sofocado por la aglomeración urbana. Así llamada por abrirse frente a la fachada oriental del Palacio Real, la construcción de la plaza se inició durante el efímero reinado de José Bonaparte (1808-1813), y se terminó algunas décadas más tarde, por iniciativa de Isabel II, hija de Fernando VII. Es también de época isabelina la decisión de colocar en el centro de la plaza el **monumento ecuestre de bronce de Felipe IV**, obra de Pedro Tacca. La soberbia estatua, considerada como una de las más bellas de Madrid, fue realizada por el escultor italiano, sobre proyecto de Velázquez, hacia 1640, poco tiempo antes de que su autor muriese. Bellísimos jardines enmarcan otros monumentos de gran valía de la plaza, como el dieciochesco Teatro Real, reservado a la lírica e inaugurado por Isabel en 1850, y numerosas esculturas de mármol que representan a antiguos soberanos godos y asturianos.





Descalzas Reales: exterior.

IGLESIA Y CONVENTO DE LAS DESCALZAS REALES

Cuando la infanta doña Juana de Austria, hermana de Felipe II, decidió retirarse en un monasterio, hizo transformar un palacio renacentista ubicado en el arrabal de San Martín, entre las actuales Gran Vía y Calle del Arenal. El antiguo palacio en que había nacido la infanta acogió, por consejos del duque Francisco Borgia, director espiritual de doña Juana, a las religiosas clarisas del convento de Gandía. Los arquitectos Antonio Sillero y Juan Bautista de Toledo transformaron el antiguo palacio entre 1559 y 1564, dándole un aspecto austero y rigurosamente clásico, según el estilo desadorno de la época. Las fachadas, en mampostería y ladrillo, no sufrieron alteraciones en épocas sucesivas. El interior, en cambio, muestra la fusión de distintos estilos: así elementos neoclásicos conviven junto a fastuosos frescos barrocos.

La iglesia, de nave única y bóveda de cañón, fue devastada por reiterados incendios y, no obstante ello, encierra aún valiosas obras de arte. Sobre el altar mayor está expuesto un retablo del siglo XVIII, del escultor milanés Camilo Rusconi, que realizó diversas obras para Felipe V, y el cuadro original de la Virgen del Milagro,

a quien la leyenda atribuye misteriosas facultades taumáticas. A la derecha del presbiterio, en una pequeña capilla, se encuentra el *sepulcro marmóreo de la infanta doña Juana*, con la estatua orante de la fundadora, obra del italiano Pompeo Leoni.

En el Convento de las Descalzas Reales, además de numerosas esculturas y pinturas, se conserva una valiosa *colección de tapices flamencos*, realizados sobre cartones de Pedro Pablo Rubens para la infanta doña Isabel Clara Eugenia.

A poca distancia de las salas donde se exponen las colecciones de arte y pintura, se encuentra la escalera principal del convento, admirable ejemplo de decoración mural ilusionista. Construida en la segunda mitad del siglo XVI, fue decorada con frescos 'de cuadratura' o falsa arquitectura, bajo el reinado de Felipe IV (1621-1665) y del último de los Austrias, Carlos II (1665-1700). La pintura 'de cuadratura', característica del gusto barroco por la artificiosidad y el efecto ilusionista que encierra, fue introducida en España por dos artistas italianos, Mitelli y Colonna, que Diego Velázquez conoció en su segundo viaje a Italia, e invitados por el mismo

Velázquez a la corte de Felipe IV para decorar palacios y edificios religiosos de Madrid. Mitelli y Colonna iniciaron la decoración mural de la escalera de las Descalzas, obra que fue completada más tarde, usando la misma técnica de perspectiva y dilatación ilusoria del espacio, por los pintores españoles Antonio Pereda, Claudio Coello y José Ximénez Donoso.

EL PUENTE DE SEGOVIA

El puente de Segovia, el más antiguo de Madrid, es obra de Juan de Herrera, el arquitecto del monasterio de El Escorial. Felipe II lo hizo construir hacia 1582 para atravesar el Manzanares en las cercanías del Alcázar, y llegar así, en breve tiempo, a la Casa de Campo, comprada unos años antes por el monarca. Es de sillares de granito y tiene nueve arcos de medio punto. La austeridad y el rigor clásico del severo gusto herreriano, están aquí claramente evidenciados. Los únicos elementos decorativos son las grandes bolas de granito, colocadas simétricamente sobre el antepecho.

Desde el puente, se entrevé el perfil de **Nuestra Señora de la Almudena**, catedral proyectada en estilo neogótico, cuya fachada principal es de gusto neoclásico. En construcción desde hace casi un siglo, se alza en el mismo sitio en que surgía la iglesia más antigua de Madrid, del siglo IX.

Iglesia de San Ginés. Perspectiva desde la Calle del Arenal.

El austero Puente de Segovia. En el fondo, el Palacio Real (a la izquierda) y Nuestra Señora de la Almudena (a la derecha).





◀ San
fac

SA

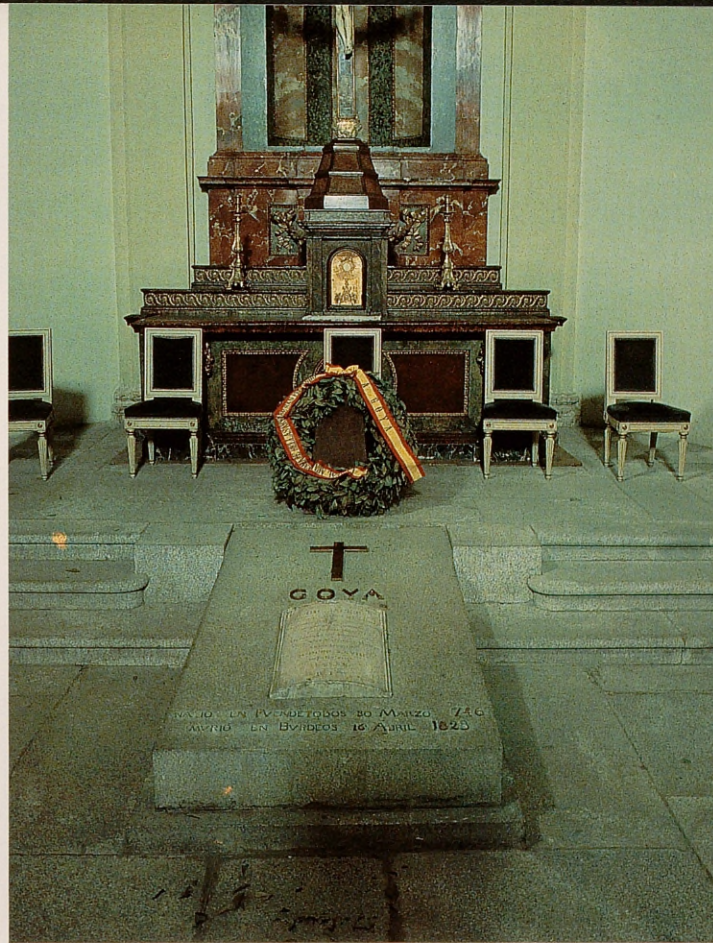
L
ren
dis
A n
un
vill
cac
rea
res
con
Ro
qui
una
des
dur
enc
pal
cas
ver
tria
la
cir
tre
cis



◀ San Francisco El Grande: fachada principal.

SAN FRANCISCO EL GRANDE

La construcción de este templo fue causa de muchos rencores, envidias y rivalidades profesionales entre los distintos arquitectos a los que se les encomendó la obra. A mediados del siglo XVIII, los franciscanos demolieron un viejo convento medieval, surgido extramuros de la villa, para erigir en su lugar un majestuoso templo dedicado al santo fundador. El proyecto de la nueva iglesia, realizado por Ventura Rodríguez, no satisfizo porque no respetaba el deseo de los religiosos de coronar el templo con una gran cúpula central. Exonerado del encargo, Rodríguez polemizó largamente con su sucesor, el arquitecto de Valencia Francisco Cabezas, que proyectó una planta central circular rodeada de capillas laterales, descuidando la decoración exterior. Muy dolido por las duras críticas, Cabezas abandonó la obra. Sabatini se encargó de completarla proyectando la fachada principal, que presenta un cuerpo inferior de columnas dóricas y tres arcos de medio punto, y otro superior de ventanas guarnecidas por columnas corintias. Frontón triangular y dos torres laterales, poco homogéneas con la cúpula central, coronan el edificio. La gran rotonda circular está cubierta por una grandiosa cúpula de treinta y tres metros de diámetro, con frescos de Francisco Bayéu. Las capillas laterales encierran un valiosísi-



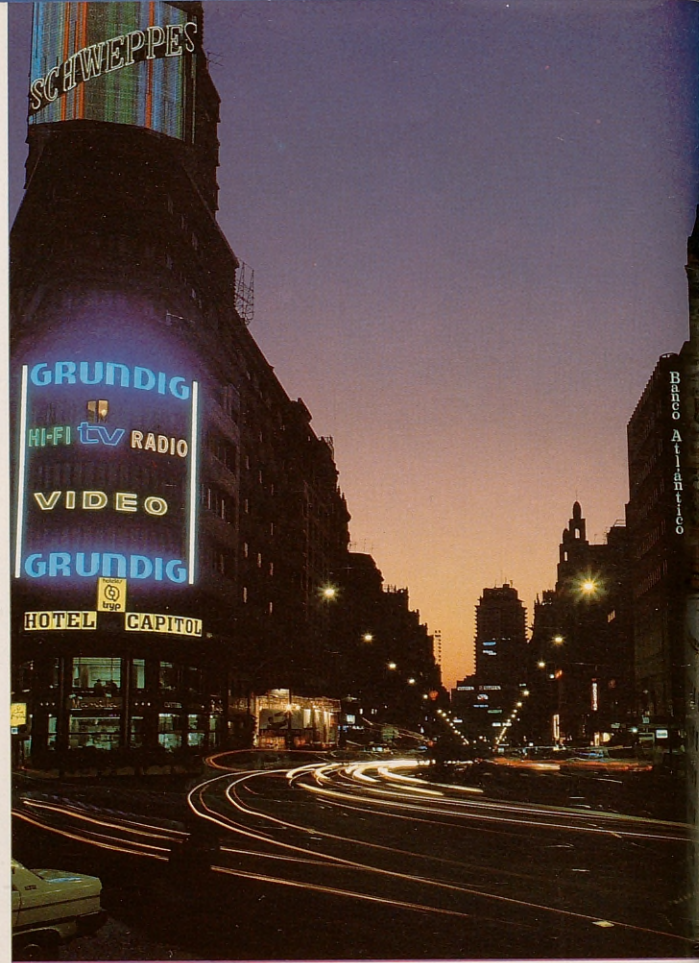
San Antonio de la Florida. Interior: los frescos de Goya y el sepulcro del famoso pintor.

mo tesoro de arte: pinturas de Maella, Alonso Cano, González Velázquez, Bayéu y Francisco de Goya.

SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

La pequeña ermita de San Antonio de la Florida debe su fama a los frescos de Goya más que al sobrio neoclasicismo de sus líneas arquitectónicas. El pequeño templo fue construido por el arquitecto italiano Francesco Fontana, según los deseos del rey Carlos IV. La decoración de las bóvedas de la cúpula y el ábside son de Goya, que la realizó en 1798. El pintor aragonés, ya célebre y estimado por su gran valía, pintó los motivos religiosos con absoluta libertad creativa, liberándose por completo de los cánones tradicionales. El fresco del ábside figura un grupo de ángeles adorando a la Trinidad; en el de la cúpula, ejecutado con enorme rapidez, el genial maestro representa el milagro realizado por San Antonio de Padua, al resucitar a un hombre asesinado para que pudiese salvar con su testimonio la vida de un inocente injustamente condenado.

En la ermita descansan los restos de don Francisco de Goya.



◀ Sug

LA

E
 une
 ma
 de
 la
 con
 tran
 ma
 19
 cio
 el
 tran
 de
 del
 bie
 San
 los
 am
 rad
 rad
 Gr
 los
 pre
 me



◀ Sugestivas vistas de la Gran Vía.

Calle de la Princesa. Vista aérea.

LA GRAN VÍA

Hasta hace unos años, esta gran arteria urbana que une la Calle de Alcalá con la Plaza de España, se llamaba Avenida de José Antonio, en honor de J. A. Primo de Rivera. Hoy lleva el nombre con que los madrileños la llamaron siempre, desde el momento mismo de su construcción, en las primeras décadas de este siglo. El tramo inicial de la Gran Vía se abrió en un dedalo de malsanas y ruinosas callejas del viejo Madrid, entre 1910 y 1920, bajo Alfonso XIII. Los majestuosos palacios dieciochescos que la bordean, traen a la memoria el París de fin-de-siècle. Entre las curiosidades de este tramo de la Gran Vía, hay que mencionar el famoso bar de Pedro Chicote, inaugurado en 1916 por un barman del Hotel Ritz, bar en el que Ernest Hemingway ambientó muchas de sus obras. El trecho que de Red de San Luis llega hasta la Plaza de Callao se construyó en los años Veinte, y su aspecto es mucho más moderno y americanizante. El **rascacielos de la Telefónica**, inaugurado por el Rey Alfonso en 1929, puede ser considerado como uno de los edificios más interesantes de la Gran Vía. Proyectado por Ignacio de Cárdenas, alcanza los ochenta metros, y durante largo tiempo fue meta preferida de los madrileños que desde allí dominaban el mejor panorama de la ciudad. Antes de recorrer la

parte final de la Gran Vía, daremos un vistazo a un par de majestuosos edificios que se alzan en la Plaza de Callao: el **Palacio de la Prensa**, que se remonta a los años Veinte, y el **Capitol**, construido en 1931 sobre proyecto de Fernández Shaw y Muguruza. El trecho que termina en la Plaza de España está flanqueado por palacios de arquitectura aún más moderna, edificados imitando a las grandes cosmópolis americanas. La Gran Vía es hoy una de las calles más atrayentes de Madrid, rebotante de gente, un soberbio espectáculo de luces y colores, con sus elegantes bares, salas de fiestas, cines y cabarets.

CALLE DE LA PRINCESA

Amplia arteria de circulación veloz que arranca de la Plaza de España y, costeanado el elegante barrio de Argüelles, lleva en dirección a la Ciudad Universitaria. Entre los edificios que surgen a lo largo de su trazado rectilíneo, descuella el hermoso **Palacio de Liria**, de los duques de Alba. Fue construido, de 1762 a 1780, bajo el reinado de Carlos III, por el arquitecto Ventura Rodríguez, a quien se debe gran parte de la obra. Devastado por un incendio durante la Guerra Civil, se reconstruyó con su antiguo esplendor en los años Cincuenta. En él se conservan lienzos de Tiziano, el Veronés, Murillo, Velázquez, Goya, Rembrandt y Rubens.



Plaza de España. Detalle del monumento ecuestre a Don Quijote y Sancho Panza.

Plaza de España. Monumento a Cervantes ► con el fondo del grandioso Edificio España.

PLAZA DE ESPAÑA

Punto neurálgico en el tráfico de la ciudad, es también meta de agradables paseos en sus espléndidos jardines, y uno de los símbolos más representativos de España y de Madrid. Surge a poca distancia del Palacio Real, y en ella confluyen algunas de las más importantes arterias matritenses: la Calle de la Princesa, la Gran Vía y la Calle de Bailén. Es una plaza que no posee ilustres tradiciones históricas ni palacios o monumentos de gran valor artístico. Debe su notoriedad, en parte, a la **Torre de Madrid**, uno de los rascacielos más altos de Europa, construida en los años Cincuenta por los arquitectos Otamendi. Ubicada en la parte norte de la plaza, alcanza los ciento treinta metros. Sus treinta pisos están destinados a apartamentos y oficinas. El otro colosal rascacielos que descuella allí, es el **Edificio España**, también de los Otamendi, que se alza a espaldas del monumento a Cervantes y Don Quijote. En forma de pirámide, fue construido al terminar los años Cuarenta.

Se eleva con sus ciento diecisiete metros de altura y veintiséis pisos, en los que se concentran oficinas, un hotel y decenas de apartamentos. Pero tal vez, el verdadero motivo de la celebridad de la plaza sea la presencia del monumento marmóreo a Miguel de Cervantes y las esculturas ecuestres de bronce de sus famosos personajes literarios, Don Quijote y Sancho Panza, obra de Coullat Valera, en la plaza desde los años Veinte. Las figuras fantásticas de Cervantes son el símbolo inmortal de la España de todas las épocas, perpetuamente suspendida entre sueño y realidad, idealismo y jubiloso espíritu plebeyo. En las cercanías de la plaza, en la Calle de Ventura Rodríguez, se encuentra el **Museo Cerralbo**, que conserva hermosas colecciones de arte y pintura. Inaugurado a principios de los años Veinte, exhibe magníficas telas de El Greco, Zurbarán, Alonso Cano, Valdés Leal, Tiépolo, Tintoretto, y otros maestros de fama internacional.

AMERICAS
SEN

antes ►
ña.

ra y
un
rda-
ncia
las
ona-
de
Las
ortal
ben-
spí-
e de
lbo,
ura.
nag-
Val-
ama



HOTEL

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Ayuntamiento de Madrid





San Antonio de los Alemanes: interior.

El portal barroco tardío del Museo Municipal. ►

IGLESIA DE SAN ANTONIO DE LOS ALEMANES

Conocida también con el nombre de San Antonio de los Portugueses, esta iglesia esquina con la Calle de la Puebla y Corredera Baja de San Pablo, cerca de la Gran Vía. Dedicada a San Antonio, comenzó a construirse en 1624, junto a un hospital para enfermos e indigentes portugueses, fundado unos años antes por Felipe III. Más tarde, tanto la iglesia como el hospital fueron dedicados por doña Mariana de Habsburgo, segunda esposa de Felipe IV, a sus compatriotas alemanes, lo que le valió la denominación de San Antonio de los Alemanes. La obra fue realizada bajo la dirección del maestro Francisco Seseña, según planos de Pedro Sánchez, uno de los artífices de la catedral de San Isidro. El exterior, de piedra y ladrillo, es sumamente sencillo y contrasta con la fastuosidad decorativa del interior. El portal está coronado por una estatua de San Antonio, que tiene en brazos al Niño Jesús. La nave es de planta elíptica, en contraposición a cuanto es dable suponer observando la forma poligonal del exterior. Cúpula y paredes de la nava única, que está flanqueada por pequeñas capillas laterales, muestran **frescos barrocos** de Juan Carreño, Francisco Ricci y Lucas Jordán.

MUSEO MUNICIPAL

El edificio en el que se hallan instalados la Biblioteca y el Museo municipales, en la Calle de Fuencarral, era antes hospicio de indigentes. Construido entre 1722 y 1726 por el arquitecto madrileño don Pedro de Ribera, fue dedicado al pío Fernando III, rey de Castilla y León, beatificado por sus santas virtudes cristianas. El hospicio, que ejercía sus fines de educación y readaptación a la sociedad de los indigentes, fue ampliado algunos decenios más tarde para dar refugio a mendigos y mujeres de mala vida, proscritos de las calles de la capital por el rey Carlos III. Se les impartían allí los rudimentos de la doctrina cristiana, una elemental cultura y un oficio, de modo que pudiesen reintegrarse a la vida activa.

La fastuosa portada de Pedro de Ribera constituye el elemento decorativo de mayor resalte de la fachada, en ladrillos y artesones de piedra gris que decoran balcones y ventanas. La portada, del más puro estilo churrigueresco, contrasta con la simplicidad de los otros elementos decorativos de la fachada. En torno al tema principal, que es la efigie del Rey Fernando III el Santo que recibe las llaves de la reconquistada Sevilla, Pedro de Ribera esculpió motivos heráldicos y florales, conchas, personajes evangélicos, columnas y capiteles de recargada decoración barroca. Hay un velo de teatralidad y

cipal. ►

eca
era
2 y
era,
ción,
spi-
on a
de-
eres
or el
e la
, de

e el
, en
lco-
urri-
ele-
rin-
que
o de
has,
car-
d y



Ayuntamiento de Madrid



◀ U
a
n
c
c
l
c
F
S
c
c
c
F
n
c



◀ Una sala del Museo Galdiano.

Museo Español de Arte Contemporáneo: exterior.

artificio en toda la composición, que es expresión culminante y sugestiva de la exuberancia churrigueresca.

El Museo Municipal contiene una rica colección de cerámicas, estampas que reproducen vida y usanzas madrileñas, pinturas, calesas, abanicos, planos y maquetas de la ciudad. Recorriendo las salas del museo, se reviven las etapas más significativas de la historia de Madrid, desde los albores prehistóricos hasta nuestros días.

MUSEO GALDIANO

Emplazado en la Calle de Serrano, pasó a ser de propiedad del Estado hace unos cuarenta años. Las preciosas piezas de todos los géneros allí expuestas pertenecían a la colección particular de don José Lázaro Galdiano, editor, hombre de negocios y apasionado coleccionista de arte, hoy desaparecido. Traídos de todas partes del mundo, los numerosos objetos que forman la rica colección, se exhiben en el palacete de líneas neoclásicas que perteneció a Galdiano. Armas, muebles, jo-

yas, tapices, raras monedas antiguas, pinturas de inestimable valor de las diversas escuelas pictóricas europeas, y otras bellísimas piezas, constituyen este preciado tesoro.

MUSEO ESPAÑOL DE ARTE CONTEMPORÁNEO

Sin duda alguna, es éste el museo madrileño en el que mejor está representado el arte español contemporáneo, desde los movimientos vanguardistas de las primeras décadas del siglo XX hasta las actuales tendencias de la pintura y la escultura. Están allí expuestas las obras de grandes artistas, como Picasso, Juan Gris, Joan Miró, Oscar Domínguez, Santiago Rusiñol y Salvador Dalí, artífices del despertar artístico español del primer Noventa, que siguió a la fase de estancamiento y aislamiento de gran parte del siglo XIX. De indiscutible valor son los cuadros de José Gutiérrez Solana (1886-1945), madrileño de cruda vocación realista, considerado el heredero de la 'pintura negra' de Goya, y las



Arriba, a la derecha:
dos salas del Museo Taurino.

esculturas de Julio González, Alberto Sánchez y Pablo Gargallo. Obras de pintores tal vez menos conocidos, pero de gran clase, se acompañan de lienzos realizados por los mayores representantes del arte español de nuestro siglo. Entre ellos, destacan Antonio Saura y el catalán Tàpies, de tendencias expresivas informales, considerados hoy como los más significativos artistas españoles de las últimas décadas.

MONUMENTAL PLAZA DE TOROS Y MUSEO TAURINO

Aún a principios del siglo XVIII, las corridas de la villa se realizaban en la elegante Plaza Mayor; y a ellas asistían los reyes y una muchedumbre que invadía entusiasta la plaza. Con la llegada de los Borbones al trono de España, la pasión por los toros se atenuó considerablemente. La nueva dinastía, de origen francés, mostró cierto desinterés por este popular espectáculo, pues lo consideraba malsano e irracional. Madrid volvió a ser

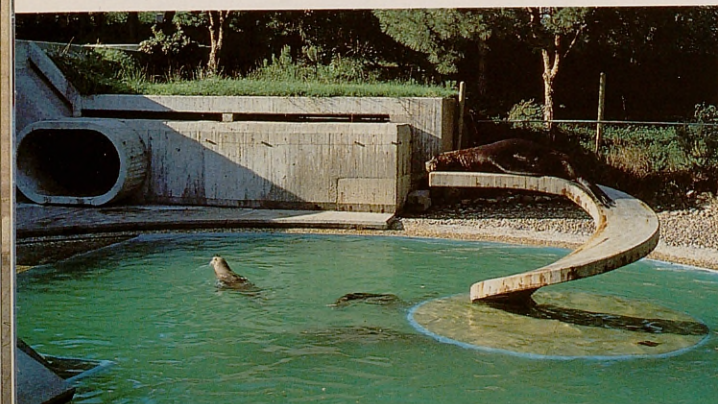
escenario de aclamadas corridas en la pasada centuria y, aún más, a principios de este siglo. La monumental Plaza de Toros de Madrid, que está situada en el noreste de la ciudad, cerca de donde acaba la Calle de Alcalá, fue construida en los años Treinta. Tanto por la calidad de las corridas como por su notable capacidad — caben en ella hasta veintitrés mil espectadores — está considerada como una de las más importantes de España. Allí se han exhibido, en memorables corridas, los más famosos toreros de nuestro tiempo: Juan Belmonte, Cagancho, el mejicano Arruza, Dominguín, Manolete — que en los años Cuarenta ganaba ya más de cien mil pesetas por corrida, acumulando así una fortuna — y, por último, Manuel Benítez, El Cordobés, auténtico mito de los años Sesenta. Junto a la Arena se halla el interesante Museo Taurino, en el que se puede revivir el esplendor de las más célebres corridas del pasado y las distintas etapas históricas de la tauromaquia. Una muestra de láminas, esculturas, libros, viejos y coloridos carteles de toros, objetos personales de los diestros más aclamados, trajes de luces y una extraordinaria colección de espadas, capas, banderillas, picas, coletas, monteras, y testas disecadas de bravíos toros Mihura, considerados los más indómitos y combativos.



Plaza de Toros: exterior.



Ayuntamiento de Madrid



CASA DE CAMPO

La Casa de Campo, con más de mil setecientas hectáreas de zona verde, zoo y un simpático parque de diversiones, es uno de los sitios de recreo predilectos no sólo de los niños madrileños sino también de quienes buscan alivio en el estrés de la vida moderna en las ciudades. Antes de que Madrid se convirtiese en capital de España, la gran zona boscosa al oeste del Manzanares, era de propiedad de la aristocrática familia de los Vargas, que allí edificaron una villa señorial con hermosos jardines. Felipe II compró la finca, destinándola para coto de caza, con una rica salvajina. En 1931, al abdicar Alfonso XIII en favor del gobierno republicano, la Casa de Campo pasó al Ayuntamiento y se abrió al público.

El parque, seriamente dañado durante la Guerra Civil, recobró su antiguo esplendor en los últimos decenios. En 1970, el Ayuntamiento de Madrid decidió trasladar allí el zoo del Retiro, que se había enriquecido con nuevos ejemplares exóticos, hasta ocupar una extensión de veinte hectáreas. La Casa de Campo no sólo es lugar de recreo y agradables paseos entre parterres floridos y prados cuidados con gran esmero: hospeda, a menudo,

El teleférico que une la Casa de Campo con el Parque del Oeste.

Dos imágenes del parque zoológico.



El monumental conjunto del Valle de los Caídos, coronado por la gigantesca cruz de granito.

manifestaciones deportivas que atraen a numeroso público, y ofrece además, la posibilidad de un fresco baño en sus piscinas, o realizar encantadores paseos en bote en el gran lago que centra el parque.

VALLE DE LOS CAIDOS

A unos diez kilómetros escasos del monasterio de El Escorial, en un valle del granítico Guadarrama, el Generalísimo Francisco Franco hizo erigir un colosal monumento para conmemorar a los caídos en la Guerra Civil. El proyecto y la realización de la obra fueron confiados, en 1940, a don Pedro Muguruza Otaño. Después de su muerte, en 1950, se encargó de completar la construcción el arquitecto Diego Méndez González. El monumental conjunto, *mausoleo de Franco y del fundador de la Falange española, José Antonio Primo de Rivera*, cubre una superficie de mil trescientas hectáreas. Una gigantesca cruz de granito, obra de Diego Méndez, con sus ciento cincuenta metros de altura se destaca contra el azul del cielo, por encima de un espolón rocoso en cuyo interior se excavó una cripta-basílica. En torno al basamento, las *esculturas de los cuatro evange-*

listas — dieciocho metros de altura y cinco toneladas de peso — realizadas por Juan de Avalos. Del mismo artista son las *estatuas de las virtudes cardinales*, que flanquean el fuste. Un pórtico de riguroso estilo clásico da acceso al interior de la cripta-basílica, verdadero prodigio arquitectónico de 262 metros de longitud, que alcanza, en la capilla mayor, los 41 metros de altura. A ambos lados de la nave central se abren seis pequeñas capillas, dedicadas al culto mariano y construidas en acción de gracias por la amorosa benevolencia con que la Virgen protegió a los combatientes. En el interior hay numerosas piezas de gran valor; como los *ocho tapices flamencos*, de la primera mitad del siglo XVI, tejidos con hilos de oro y plata, que relatan escenas del Apocalipsis de San Juan. En el centro de la capilla mayor, de sencillo y desadorno estilo clásico, un altar de granito muestra sus bajorrelieves que figuran motivos evangélicos, realizados según diseño de Diego Méndez. El Cristo yacente de la bóveda de mosaico, es una bella composición de Santiago Padrós. Completan el mausoleo del Valle de los Caídos un monasterio, con elegantes pórticos y patios internos, y otros edificios. Todo el conjunto fue realizado siguiendo un estilo simple y racional, que recuerda las líneas herrerianas de El Escorial.

MONASTERIO DE EL ESCORIAL

La elección del sitio adecuado para construir un grandioso monasterio en honor de San Lorenzo, que había propiciado la victoria española de San Quintín (10 de agosto de 1557) sobre las tropas francesas, fue larga y escrupulosa. Felipe II, inspirador del proyecto, se decidió al fin por una población situada al pie de la Sierra de Guadarrama, rica en bosques, agua y canteras de granito. La obra fue confiada a Juan Bautista de Toledo, apasionado de la cultura renacentista italiana, y se le dio comienzo en 1563 en las cercanías de la pequeña aldea de El Escorial, así llamada por la presencia de residuos de granito que los mineros habían acumulado en sus alrededores. Colaboraba con Juan Bautista un joven ayudante, Juan de Herrera, todavía poco conocido, pero destinado a una brillante carrera pues en el futuro contaría con el favor del soberano. Muy pronto, el anciano director de la obra murió, y Juan de Herrera pudo demostrar así toda su valía. A partir de 1567, y hasta que la última piedra no fue colocada, en 1584, se ocupó con gran habilidad no sólo de la prosecución de la obra, sino aún de la vigilancia del trabajo de técnicos y operarios. Sin embargo, no gozaba de absoluta autonomía. Cada una de sus decisiones debía contar con la aprobación de Felipe, que controlaba con gran meticulosidad la ejecución de la grandiosa obra, desde la compra de

los materiales hasta las más insignificantes decisiones sobre la decoración. Cuando el rey murió, en 1598, devastado por la gangrena y los dolores artríticos, su sueño había quedado incompleto. Junto al monasterio dedicado al santo habían surgido un palacio, una espléndida biblioteca, una iglesia y bellos jardines, pero el Panteón real era aún un simple proyecto. Felipe murió con el pesar de no haber cumplido con la última voluntad de su padre Carlos V, que en el lecho de muerte le había hecho prometer que reuniría en un mismo templo las tumbas de los pasados y futuros Austrias de España. Más de medio siglo pasaría antes de que los restos de reyes y reinas pudiesen reposar uno junto al otro. Iniciado por Felipe III, el Panteón real se terminó en 1654, bajo el reinado de Felipe IV. En los siglos sucesivos se llevaron a cabo otros importantes trabajos. Carlos II de Austria hizo reparar los daños provocados por un incendio en 1671, y encargó a Lucas Jordán la decoración de diversas partes de la iglesia y el palacio; Carlos IV de Borbón hermoseó los interiores con fastuosas decoraciones, tapices, muebles y pinturas de incommensurable valor. En el Ochocientos, se realizó la última maravilla arquitectónica: el Panteón de los Infantes, que reuniría los sepulcros marmóreos de príncipes y reinas que no habían dado herederos al trono.

Monasterio de El Escorial: fachada principal.

El Patio de los Reyes y la fachada de San Lorenzo El Real.



Exterior

Construido casi integralmente en granito de la Sierra de Guadarrama, el colosal monasterio-palacio tiene planta en forma de parrilla volteada en conmemoración del martirio de San Lorenzo, asado vivo en una parrilla. Es un laberinto de piedra gris, con decenas de corredores, escaleras y patios internos, centenares de salas y ventanas, que se repiten con rigurosa uniformidad. Sobre todo el complejo descuellan dos campanarios con agudos pináculos y la cúpula de la iglesia, de más de 90 metros. En los ángulos, se yerguen cuatro torres con pináculos de pizarra. El exterior del monasterio da una sensación de gran equilibrio y austeridad, de mística elevación. La fachada principal, decorada con pilastras dóricas y sobrias molduras, fue diseñada por Juan Bautista de Toledo, que había aprendido en Italia los secretos del arte clásico y bien conocía las obras de Andrea Palladio. En el centro, el majestuoso portal clásico, con ocho columnas dóricas en el cuerpo inferior. Está coronado por un frontón triangular, ornado con las características bolas de granito de Herrera, y columnas jónicas. Entre ellas, el emblema de Felipe II y, por encima de él, la *estatua de mármol y granito de San Lorenzo*, obra del arquitecto y escultor toledano Juan Bautista Monegro. En el extremo opuesto, hacia levante, un imponente espolón granítico sobresale de la fachada: aloja los aposentos reales y, simbólicamente, representa el mango de la parrilla volteada.

Iglesia de San Lorenzo El Real

El portal y el vestíbulo del costado principal dan acceso a uno de los patios internos más fascinantes, el **Patio de los Reyes**, así llamado por las seis estatuas de reyes bíblicos que dominan el recinto desde la fachada de la iglesia. Esculpidas en 1584 por Juan Bautista Monegro, miden unos diez metros de altura y representan, de izquierda a derecha: Josafat, Ezequiel, David, Salomón, Josué y Manasés. La fachada del templo, del más puro estilo dórico, está flanqueada por dos torres con cúpula; en la parte inferior tiene cinco arcos de medio punto. Planta de cruz griega, tiene por tanto los brazos perpendiculares exactamente idénticos. Juan Bautista de Toledo la había proyectado de cruz latina, pero fue modificada por Juan de Herrera, por expreso deseo de Felipe II. El interior, con tres naves, está coronado por una grandiosa bóveda central sostenida por cuatro aristas de granito. Es obra de Juan Bautista. Detrás del altar mayor hay un retablo de bronce dorado, diáspero y mármoles rojos, diseñado por Juan de Herrera. Está decorado, yendo desde abajo hacia arriba, por columnas dóricas, jónicas, corintias y compósitas, por pinturas de los artistas italianos Zuccaro y Tibaldi, dispuestas en tres grupos, y por estatuas de bronce recubiertas de oro. El grupo de esculturas situadas en la parte superior, que figura una **Crucifixión**, es obra del italiano Pompeo Leoni. Numerosísimas son las obras de gran valor: frescos de Lucas Jordán, en las bóvedas de las naves; un





Monasterio de El Escorial: fachada sur.

El Escorial: el sepulcro de la infanta doña Juana, en el Panteón de los Infantes; el Panteón Real; la Galería de las Batallas.

gran *Crucifijo esculpido* por Benvenuto Cellini en 1562, en una hornacina de la parte sur; el coro superior, que tiene 128 escaños realizados en preciada madera tallada, diseñado por Juan de Herrera. En el coro Felipe II oraba junto con los frailes, sentado en una banqueta tapizada con paño rojo, que aún se conserva. En el presbiterio, dos *grupos de esculturas orantes*, de bronce dorado, realizados por Pompeo Leoni. Representan a los reyes Felipe II y Carlos V con las respectivas familias reales.

El Panteón Real

La nave derecha de la iglesia da acceso, a través de una amplia escalera, al Panteón de los Reyes. Es una cripta octogonal de diez metros de diámetro, construida con mármoles policromos, diáspero y bronce dorado. Se abre en el corazón mismo de El Escorial, por debajo del altar mayor de la iglesia, de modo que durante la misa, el sacerdote oficiante se encuentre, como deseaba Felipe II, exactamente encima de la tumba de su padre. Proyectado por el arquitecto romano Juan Bautista Crescenzi, fue terminado en 1654. Los sepulcros de mármol gris, que reposan sobre zarpas de leones dorados, están decorados con pares de pilastras y fúlgidos capiteles corintios. Albergan los despojos mortales de casi todos los monarcas y reinas madres, desde Carlos V de Austria hasta llegar a los últimos Borbones de España. Sobre el altar, un *Crucifijo* de mármol italiano y bronce dorado,

obra de Domingo Guidi. A poca distancia se encuentra el Panteón de los Infantes, proyectado por José Segundo de Lema en 1862, y terminado en 1888, durante la regencia de María Cristina. Allí reposan el hijo ilegítimo de Carlos V, Don Juan de Austria, y también la infanta doña Juana, hija del emperador Carlos V y de doña Isabel de Portugal.

La Galería de las Batallas

La más hermosa de las galerías de todo El Escorial se encuentra en un ala de los aposentos reales. Su nombre le deriva de los motivos pintados en sus paredes, que representan escenas de famosas campañas militares de Felipe II y de otros soberanos españoles. Fueron realizados por los artistas italianos Granelo y Castello: el más espectacular de ellos, relata la importante victoria española de Higuera, sobre los moros, que tuvo lugar en el año 1431 en Granada.

Jardines

Saliendo del palacio-monasterio es posible gozar del esplendor del panorama dando un reposante paseo por los hermosísimos jardines que atenúan la severidad de la austera arquitectura. Además del Jardín de los Frailes, que se abre en el lado sur, y del de la Casita del Príncipe, hay que mencionar el parque que adorna la Casita del Infante, proyectado por la tercera esposa de Fernando VII de Borbón, la reina María Amalia de Sajonia.

ón▶
as.

tra
do
re-
no
ata
sa-

se
ore
ue
de
za-
ás
ba-
en

del
or.
de
es,
in-
ta
er-
a.



Ampliamento de Madrid

PLANO DE LA VILLA DE MADRID



BONECHI

FRANCE

PARIS
 TOUT PARIS
 LOUVRE
 VERSAILLES
 LES CHÂTEAUX DE LA LOIRE
 PROVENCE
 AVIGNON
 ARLES
 SAINT-PAUL-DE-VENTE
 CAMARGUE
 NÎMES
 PONT DU GARD
 LES-BAUX-DE-PROVENCE
 CARCASSONNE
 LA COTE D'AZUR
 NICE
 BOURGOGNE
 TOUT L'ALSACE
 STRASBOURG
 COLMAR
 SAVERNE
 MONT-SAINT-MICHEL
 BRETAGNE
 LOURDES

LA PRINCIPAUTÉ
 DE MONACO

ESPAÑA

MADRID
 BARCELONA
 TODA ANDALUCIA
 SEVILLA
 GRANADA Y LA ALHAMBRA
 TOLEDO
 CORDOBA
 COSTA BRAVA
 MALLORCA
 IBIZA Y FORMENTERA
 TENERIFE
 LANZAROTE

PORTUGAL

LISBOA
 PORTUGAL

Dans la même collection:

En la misma colección:

Nella stessa collana:

In derselben Reihe:

In the same series:

ITALIA

ROMA
 FIRENZE
 VENEZIA
 MILANO
 GALLERIA DEGLI UFFIZI
 PINACOTECA DI BRERA
 LAGO DI GARDA
 POMPEI
 ASSISI

ÖSTERREICH

WIEN
 GRAZ
 INNSBRUCK
 SALZBURG
 KLAGENFURT
 HEILIGENKREUZ
 SALZKAMMERGUT
 KUNSTHISTORISCHES
 MUSEUM WIEN
 HEERESGESCHICHTLICHES
 MUSEUM WIEN

DEUTSCHLAND

MÜNCHEN
 KÖLN
 DER KÖLNER DOM
 FRANKFURT AM MAIN

ENGLAND

LONDON
 ALL LONDON

NEDERLAND

NEDERLAND
 AMSTERDAM
 DEN HAAG

TURKEY

ISTANBUL
 ANTALYA
 CAPPADOCIA
 EPHEBUS

ISRAEL

JERUSALEM
 ISRAEL
 ISRAEL MUSEUM

EGYPT

EGYPT
 CAIRO
 LUXOR AND KING VALLEY
 ESNA - EDFU - KOM OMBO
 ASWAN-PHILAE-ABU SIMBEL
 EGYPT REDISCOVERED
 EGYPTIAN MUSEUM

U.S.A.

NEW YORK
 SAN FRANCISCO
 CHICAGO
 NEW ORLEANS
 ATLANTA

OTHER COUNTRIES

BANGKOK
 MALDIVES
 JAMAICA
 MEXICO

EDIZIONE ITALIANA ● EDITION FRANÇAISE ● ENGLISH EDITION ● EDICIÓN ESPAÑOLA

DEUTSCHE AUSGABE ● 日本語版 ● NEDERLAND EDITIE

Ayuntamiento de Madrid

